AÑO XVII ENERO-DICIEMBRE DE 1935 NÚM. 56

Academia de Bellas Artes y Ciencias Históricas de Toledo

Francisco Verdugo

— Gobernador de Luxemburgo. —

(Continuación.)

Comenzar de tribulaciones.

El invierno estaba áspero, las tropas descontentas y los rigores de la estación impedían todo movimiento. «Farnesio no podía humanamente abrir la campaña hasta la primavera de 1586», dice la Historia Militar de España, y a continuación se lee: «Sin embargo, todo el invierno mantuvieron vivas hostilidades contra la frontera holandesa Verdugo y sus tenientes».

Conforme. ¡Y qué de prodigios hubo de realizar Francisco Verdugo hasta conseguir que el adversario levantara el bloqueo puesto a Zutphen, a la codiciada ciudad corte de los antiguos Condes de Güeldres!

¿Y en Frisia? Allí, aseguraban los propios enemigos, «infundía tal terror que se llegó a proponer la rotura de diques y la inundación general». Y si consiguió impedir tamaño suicidio de la comarca el mismo Guillermo Luis de Nassau, también éste se vió obligado, por contentar a los suyos, a ir sobre la plaza de Steenwick, muy a su pesar porque preveía el resultado, y así salió tan maltrecho y presuroso de aquellos lugares guardados por Verdugo sin dar ya oídos al sátrapa de Martín Schenk, nuevamente afiliado

al bando orangista por negarle Farnesio el gobierno de Nimega.

A todo esto, Francisco Verdugo «servía sin ningún sueldo ni lo tenía», ni por lo visto recibía normalmente los emolumentos señalados «al Gobernador que le sacan de su gobierno a servir a otra parte», caso en que se encontraba Verdugo, «porque dejó el gobierno que tenía en Luxemburgo cuando Farnesio le mandó ir a encargarse del de Frisia». Y nuevo reconocimiento de méritos del Capitán General de Frisia, y nuevo escrito de Felipe II ordenando «que al Coronel Francisco Verdugo, que ha seruido tan particularmente como se sabe, se darán sus despachos de las dos pensiones de a quinientos ducados cada una, que en todo son mill, y que le corran desde el día de las concesiones dellas.» (Valencia-8-Febrero-1586.)

Con corta diferencia de fechas el Duque de Parma confirma al Rey la fructífera actuación del Gobernador de Frisia, de Frisia y de otras regiones, escribiendo a su augusto tío: «Por cartas del Coronel Francisco Verdugo se me auisa que con la ocasion del hielo que hizo en fin de henero, hizo juntar la gente que pudo, y quedando el con parte alrededor de la villa de Gruninghen para acudir donde fuere menester, amenazándole los rebeldes por más partes, enuio al teniente coronel Juan Bautista Tassis con la otra de Frisia, donde estando ya para salirse por comenzar a deshelar, entendiendo que los dichos rebeldes habían salido en campaña y que mostrauan deseos de pelear, fue hacia ellos conforme a lo que el Coronel tenia, y encontrados pelearon muy ualientemente, y alcanzó aquel dia vuestra Majestad una buena uictoria, pues de dos mil hombres que habia de pelea de los enemigos de las compañias uiejas, no escaparon diez, habiendo quedado muertos y presos los demás, con muy poca pérdida de los nuestros, aunque quedó muerto uno de los hijos del Conde de Wandemberg que sigue a Verdugo, y lo hizo muy bien, como otro hermano suyo mayor que quedó herido; ha sido fazion de importancia por ser la gente que era, y haber subcedido en tiempo que pudiera hacer por alli harto daño. A nuestro Señor se deuen las gracias,

que nos hace mas mercedes de las que merecemos, y cierto que al dicho Coronel (Francisco Verdugo), como tambien al teniente Tassis se debe agradecer la uoluntaz con que siruen, y estimar el ualor que en todas las ocasiones del seruizio de vuestra Majestad muestran, etc., etc.» (Bruselas-28-Febrero-1586.)

Si, en las inhóspitas zonas, sobre helados turbales y pantanos y no dejando vivir a cuantos se aventuran con aviesa intención por Leeuwardem-Groninga-Zutphen-Deventer, continúa Francisco Verdugo manteniendo el fuego sagrado con su «exercito de Frisia»; y allí llega por la posta un pliego que al exterior permite leerse: «Al Ilustre Sr. el señor Francisco Verdugo gouernador y Capitan general por el Rey mi Señor en Frisia-Groningem». Es que el capítulo de la carta que Felipe II firmó en Valencia, ordenando la entrega a Verdugo de las pensiones de a quinientos ducados, se lo traslada Alejandro Farnesio al ínclito toledano con otra suya diciéndole: «Ilustre Señor: No ha salido infructuosa la esperanza que he tenido en la singular gratitud de S. M., que según su grandeza y benignidad había de ser seruido de hazer la mereced que le hauia suplicado para v. m. en remuneración de lo mucho y bien que lo ha sido de su persona, como la experiencia lo ha mostrado en tantas ocasiones y largos años; pues me ha mandado escreuir por su real carta fecha 8 de hebrero el capítulo y palabras formales de que se enuia con esta a v. m. copia, a fin de que quede tan contento y satisfecho como es razón y yo lo estoy de haber sido instrumento y parte para habersela alcanzado. Y assi lo doy la norabuena della y deseo que la goze con otras mayores que espero resceuira en adelante con la saluz y felizidad que merece; para lo qual y todo lo demas que yo pudiere me hallara muy prompto y aparejado con la mesma uoluntad que hasta aquí; por lo que ademas desto se que debo a la que siempre me tuuo su ilustre persona que guarde y acreciente Nuestro Señor.—De Bruselas a 20 de Abril de 1586.—Al seruitio de v. m.—Aless.º Farnese».

¡Concesiones, plácemes, elogios, mercedes! A todo es altamente acreedor el incomparable Francisco Verdugo,

quien, no obstante la nebulosa que cierne a las consignaciones respectivas, no da margen a que se le oxiden los soldados. ¡Los soldados! Bueno, aquellos hombres de jironado jubón y silvante estómago, que suplen la escasez de municiones partiendo la cabeza del contrario en desconcertadores cuerpo a cuerpo, al tundir de la culata del arcabuz y la tajante hacha.

Verdugo, encariñado porque Farnesio pueda adueñarse de Holanda, significale que siendo la plaza de Zutphen verdadero acceso a aquella provincia, si desea ver el fin de la guerra que a los Países Bajos y a España aniquila, era necesario tomar la villa de Arnhen, residencia del Gobernador de Güeldres, sin más dilaciones; empresa hacedera al disponer de tan buenos puntos de apoyo cual las de Nimega y Deosburg, vecinas a ella, que el año anterior habían pasado a manos de Francisco Verdugo.

Lo reconoce el Regente; mas no se precipita, por..... las causas que sean. Promete, sí, a Verdugo, acudir con su ejército a Nimega, una vez tomada Grave, en cuyo asedio comportóse heroicamente el toledano Alonso Vázquez, entonces soldado raso; y a toda prisa, citado por Farnesio para juntarse con él en Zutphen, abandona Verdugo Leeuwarden y sigue embarcado por el canal a Groninga; y burlando al orangista Conde de Holack, «que no pudo dar vista al general Francisco Verdugo y proseguir el intento que llevaba», baja nuestro compatriota hasta Arnhen a dirigir los aproches, y otra caminata subiendo a Groninga para volver en seguida por Lingen a Zutphen, y nuevamente a Groninga, y a Leeuwarden y a Zutphen con trescientos alemanes y su compañía de lanzas; y..... cuando a principio de verano se reune con Farnesio en Grave, durante tres días, para tratar respecto a lo de Arnhen, recibe Verdugo la infausta noticia de haber «fallescido Dorothea, su mujer», y hacia Leeuwarden parte apenadísimo el veterano soldado «con licenzia de su Alteça para ir a su enterramiento y exequias» (13-Mayo-1586).

Ingrato es asimismo el momento que a Francisco Verdugo aguarda a su regreso de Frisia. El Duque de Parma, que tampoco vive exento de envidiosos cerca de Felipe II, ha

dejado pasar el propicio instante de Arnhen. Se ha dedicado a sitiar Neuss, plaza en la que Farnesio dió fin de todo ser viviente, y Venloó, que en tres días se entregó de manera vergonzosísima, y Rehimberg, «contra el parescer del coronel Verdugo, porque la hacía considerable el Príncipe», y «que costó millares de escudos sin merecello por ser tierra floxa»; sitios en los que otro toledano: Luis Cabrera de Córdoba, supo medir con fortuna sus dotes militares. (29-Agosto-1586).

Y torna a su asombrosa dinamicidad Francisco Verdugo. Llamado por Farnesio, y con tres compañías de infantes walones y dos de caballos, desplazadas de Frisia, baja hasta Rehimberg, salvando en aceleradas jornadas quinientos kilómetros, para desde Rehimberg subir a Groenlo, contra el inglés que tiene bloqueado a Doesburg; y vuelta a Rehimberg, y a continuación a Buir, también por orden de Farnesio, que el favorito de la Reina Isabel, Conde de Leicester, viene a sitiar a Zutphen; y, sin tregua de ningún género, en funciones de Maestre de Campo General, procede Verdugo a alojar el ejército de Farnesio en las inmediaciones de Bredeword, una parte, otra en Borkelao; y, como siempre, sin detenerse un día más, a Zutphen, a reanudar los consabidos y sangrientos encuentros para facilitar la entrada de Alejandro Farnesio.

Pero el Regente, sin hacer alusión alguna relacionada con el sitio de Arnhen....., regresa a Bruselas, dejando a Zutphen abastecida para cinco meses, y a Francisco Verdugo..... haciendo salidas con la guarnición..... Y cuando parece que va a comenzar una era de descanso para el Capitán General de Frisia, si es que con Verdugo el descanso es compatible, se ve precisado a salir velozmente camino de Groninga, «reventando caballos de su coche», que hallá reclaman su presencia.Los soldados demandando haberes, en la creencia de que habrá conseguido Verdugo subsidios del Duque de Parma; los magistrados procurando por la defensa de la ciudad. (Noviembre-1586).

He aquí la grata vida de Francisco Verdugo. Enlazando triunfos con inconcebibles actividades a través de la extensa

área a él confiada y teniendo su lecho las más de las noches sobre hielo o fango. Pues aún mayor celeridad ha de desplegar ahora para personarse en Wesel llamado por Farnesio. Pero no. Es ya inhumano e imposible el perdurar en tanto continuado y azaroso ajetreo. El hombre fuerte, el infatigable luchador, el intrépido soldado, en tal forma ha cedido de sus vitales energías, que es retirado a su casa sin esperanzas de vida; y desde Groninga, con el testimonio de médicos y burgomaestres de la villa, solicita Verdugo del Regente que, para no interrumpir el curso de las operaciones, ponga el «exercito de Frisia bajo el mando de otro gobernador» hasta que él, Francisco Verdugo, pueda reintegrarse a sus cargos.

La agravación de Verdugo coincide con la llegada de su teniente Tassis, aportando la nueva de que el Coronel Guillermo de Stanley, favorito del favorito de Isabel de Inglaterra y gobernador de Deventer, desea enrolarse en las filas que manda el Capitán General de Frisia, con los soldados ingleses e irlandeses que le siguen. Y en qué estado encontraría Tassis a su General, y en qué forma informaría a Farnesio, que éste encarga a Tassis el resolver con Stanley, y el que fijara su residencia en Groninga, creyendo ya el Duque de Parma muerto a Francisco Verdugo.

No ha de negarse que la pérdida de su esposa ha lacerado hondamente el corazón del estoico Francisco Verdugo; pero otros morales padecimientos gravitan sobre su espíritu por persistente recordar. Gozábase de haber despejado la entrada a Holanda al hijo de Margarita de Parma. El entretenerse Farnesio en arrojar a los protestantes de Neuss y Rehimberg, para entregar dichas plazas al Arzobispo de Colonia, «Orden del Rey», hizo perder la oportunidad del asedio y toma de Arnhen, tan bien preparados por Francisco Verdugo.

Estrella que se eclipsa.

TODA la atención y todo el grueso del Ejército de Alejandro Farnesio lo absorbe el sitio puesto a La Esclusa. Está enfrascado en un interminable pelear, en el que vienen aventajándose, entre otros bravos soldados toledanos, Juan de Aguilar y Juan González de Reaza y Juan y Diego Verdugo. Mientras no se muestra ocioso el Gobernador de Frisia, para abreviar el feliz término de la empresa acometida por Farnesio, desbaratando en Coeworden las huestes del Conde Muro, quien consigue salir vivo de las manos del español a costa de dejar abandonados sus escoceses a merced del arma blanca de los italianos y alemanes que siguen a Francisco Verdugo.

Mas con la rendición de La Esclusa, bizarramente defendida por unos cientos de ingleses y holandeses, aparece la puesta en marcha del propósito de Felipe II: la idea de enviar a Farnesio a subyugar a Inglaterra con la «Armada Invencible». Por ello el nieto de Carlos I habrá de desguarnecer los Países Bajos, precisamente cuando comienzan las defecciones y los naturales se encuentran desalentados por los reveses e irresolutos en la prosecución de sus denuedos por la independencia de su Patria; y de nuevo se intensifica el olvido para con Francisco Verdugo, a quien se le arrebatan gran parte de las reducidas tropas que tiene distribuídas en tantas importantes plazas de su dilatado gobierno, al extremo de desproveerle, en masa, de los tercios de alemanes e irlandeses con que respectivamente guarnecen Zutphen y Deventer sus tenientes, los coroneles Juan Bautista Tassis y Guillermo de Stanley. Todo es insuficiente para el apresto náutico y terrestre que ha de salir de Flandes contra la poderosa Inglaterra. «Que el Maestre de Campo General Verdugo» se las haya como pueda respecto a la dotación y defensa de aquellas dos y varias plazas más, sin

que interrumpa los encuentros y choques sobre los orangistas en Frisia y, preferentemente, sin desamparar las riberas del Rhin. (16-Agosto-1587).

Nada, el consecuente tejer y destejer. La representación de otro de los actos del drama en el que, conforme al decir del capitán toledano Alonso Vázquez, «parece, según se entendió, quiso mostrar Alexandro que podía hacer y deshacer en los hombres, bajarlos y subirlos a su voluntad y furia». Menos mal que el victimario Francisco Verdugo sabía acumular valioso caudal de subordinación y lealtad; y sin disponer de tropas adecuadas, ni de fondos con que acallar un tanto las justificadas peticiones de aquellas que aún permanecen subordinadas en Frisia, no tiene otro recurso Francisco Verdugo sino dar el pecho, como siempre, y de manera muy directa, al continuar desprovisto de sus tenientes los coroneles Tassis y Stanley.

Luego la correspondencia habida entre el Gobernador General de Flandes y el Capitán General de Frisia es todo un aleccionador poema, amargado en grado sumo por el colofón de la negativa de auxilios que a Francisco Verdugo le hace su suegro el Conde de Mansfeld, encargado del Gobierno de los Estados durante la ausencia de Farnesio, a fin de no distraer al toledano, que bastante tiene con el Rhin y el habérselas frente a frente con el no menos denodado y astuto Guillermo Luis de Nassau.

¡Ah!, pero simultáneamente estalla horrísona tormenta en el Romano Germano Imperio. Próximo a naufragar en la vorágine está todo el Príncipe de Chimay, Carlos Croy, y es urgente el lanzarle un cable; mejor dicho, que alguien vaya a salvar el principio de autoridad en aquel arzobispado. Como en muchas más apremiantes y escabrosas ocasiones, nadie cual Francisco Verdugo; y hete aquí al convaleciente Capitán General de Frisia electo para desfacer el entuerto. El pliego reservado que Farnesio le envía no es aviso de inmediata remisión de dineros ni menos de españoles o walones que interpolar con los tudescos, asaz soliviantados; que el Duque de Parma se produce con dicho escrito de esta guisa:

«Al Ilustre señor el Señor Francisco Verdugo, Gouernador de Frisia, Zutphen, Deuenter y Ouerysel, por el Rey mi Señor:»

«Ilustre Señor: He resceuido la carta de v. m. de 20 de abril, respuesta de las mias, y aunque veo por ella la mucha nescesidad que hay de su persona y presencia en ese pays y villa de Groningem, es tanta la que padescen della las cosas de Colonia que no puedo excusar de volverle a encargar de nuevo expresamente que cuanto antes pudiere acuda y asista al Principe de Chimay, que con la falta del coronel Taxis queda del todo solo y sin ayuda de nadie, importando lo que v. m. sabe se pase con aquella impresa adelante, assi por lo que toca a la reputación como al bien y sosiego de aquel Estado, y por consiguiente del de S. M., a cuyo seruicio conviene tomar muy de veras el negocio; y assi lo vuelvo a pedir con los posibles lo haga, y se uenga luego, porueyendo assi lo mesmo lo del Rhin de algun sujeto suficiente que se entienda con aquellos alemanes en el interin que se señala subcesor al muerto, paresciendome que uendra muy a proposito para ello y lo de Bona La Coquela, por concurrir en el las partes y experiencia que se sabe v. m. se lo ordene y uengase presto, que es lo que importa y deseo en extremo, y si no pudiere traer gente consigo, sea solo, que esto bastará para que, con el fauor de nuestro Señor, todo uaya bien obvia sin el cuidado que me diese cosa de tanta importancia.....» Interrumpamos la transcripción. (Brujas-6-Mayo-1588).

Con más fuerza de expresión que con los párrafos de esta carta de Alejandro Farnesio a Francisco Verdugo, no es posible delinear la ardua disposición en que aparecía el Estado de Colonia; ni el elevado concepto que al Regente de Flandes merecían las dotes militares y diplomáticas de nuestro compatriota; ni cuanta autoridad ofrecía por sí sola la presencia de Verdugo para extirpar cizañeros elementos y reducir levantiscos..... Ha de acudir rápidamente a Buir Francisco Verdugo y proceder a la recuperación de la plaza de Bomm, tomada por el bueno de Martín Schenk. Por su estado de salud no puede humanamente Verdugo montar a

caballo, ni ser transportado en su coche; por su carácter y su temple de soldado español abomina de diferir el cumplimiento de sus obligaciones militares. Solución: vengan en seguida unas parihuelas. Y cuidadosamente, a causa de los dolores que sufre Verdugo, es llevado a un pontón y de él a un navío de la armada, y es en el memorable sitio de Bomm donde vuelve a culminar insuperables proezas y a experimentar mayor dosis de infortunios el prestigioso Capitán General de Frisia.

Bajo la mano de Francisco Verdugo quedan los hombres de armas del Elector de Colonia. Los arenga, los habla al alma, los distribuye, los vigila, hace entrar en razón a los reacios, y como en Naarden, en Haarlen, en Maestricht y en tantas otras pavorosas contiendas. Desde la iniciación al finalizar del asedio derrámase sangre a torrentes y piérdense muchas vidas, y son batidos y destrozados los insurgentes a cubierto de parapetos reforzados con exánimes cuerpos de héroes, y acométese el decisivo y postrer asalto sin peligro de caer en los fosos; que ya los cadáveres facilitan el llegar al pie de murallas y las brechas penetrar en la plaza en verdadero aluvión; y allí, entre los muertos, yace también el bravo coronel Tassis (8-Septiembre-1588).

Alejandro Farnesio queda satisfecho. Esto no quiere decir que el drama ha terminado, porque la rota de la «Invencible» ha sido máximo incentivo para Mauricio de Nassau, que tanto ha aprendido de ardides a la usanza del Duque de Parma. Bien que el mismo desastre ha provisto a Farnesio de algunos refuerzos representados por los españoles que libráronse de quedar envueltos por sudario de espumante oleaje o de hallar su tumba entre las dunas holandesas. Empero también hácese ya infructuoso el acuciador tintineo de escarcela repleta de florines, que en pretéritos días enterneciera a más de un gobernador de plaza o de castillo ambicionados por el Regente.

«Todavía pudo Farnesio adelantar en sus conquistas durante el año gracias a los hábiles movimientos y victorias de Verdugo en el Arzobispado de Colonia», pero llévase el grueso del ejército hacia Zelanda con propósito de recon-

quistar la isla de Tholen y la plaza de Berg op Zoom, que ondea pabellón inglés. ¡Desdichadas tentativas! Sobre perder gran número de acreditados capitanes, entre ellos Octavio de Mansfeld, hállase el Regente ante unos soldados consumidos por el incesante y cruento pelear, los más víctimas de aniquiladora fiebre, todos descontentos por la falta de pagas, y..... en asomo de estruendoso motín, tiene que abandonar Farnesio sus bélicas miras (12-Noviembre-1588). En compensación, «sirviendo de mucho sus trazas y consejos de Verdugo a su suegro el Conde de Mansfel», consigue éste apoderarse del fuerte de Wachtendonck, en Güeldres, y Francisco Verdugo, antes de retirarse a sus cuarteles de invierno, desbarata con eficaces mandobles cuantos núcleos de orangistas encuentra en su camino, y...., a esperar el nuevo año.

¡Y con qué mal cariz aparece! El joven Conde de Nassau hace ejército. Homogéneo, bien pertrechado y más subordinado que la heterogeneidad que milita bajo las banderas de España. ¡Como que la paga va por delante y oficiales y soldados son hijos del país! De la armada, de lo concerniente a las costas y al transporte por ríos y canales, no hay que dudar, hoy menos que ayer, de las condiciones de superioridad con relación a nuestras mercenarias huestes marítimas. La rutilante estrella de Alejandro Farnesio comienza a declinar, y bien ajeno que es a ello el Regente. El egregio general, reducido a tan escasas como diseminadas tropas, a las que no le es asequible sustentar por la especial administración del Reino, es también prisionero de hidrópica afección que le impide realizar sus acertadísimos planes, al par que los holandeses reaccionan con tal virilidad y decisión, que Mauricio de Nassau es aclamado Stathouder Capitán General y Almirante de la República Neerlandesa.

Francisco Verdugo continúa pasando por muy imponentes trances en la propia Groninga, exento de guarnición. Además tiene que salir de modo imperioso en socorro de Nimega, amenazada por el nefando Schenk, y contra él marcha el imponderable toledano para, a costa de irse quedando sin soldados y ser él uno de tantos arcabuceros,

despejar de contrarios los aledaños de la plaza. Pero la carta está echada. Schenk, enconado enemigo personal de Verdugo, no pierde ocasión para atraerle a campo en que no le es dable triunfar al español. Estériles son cuantas tretas pone en juego Schenk. Sabe mucho de emboscadas Verdugo. En cambio cae en la trampa y queda prisionero del orangista el Capitán Juan Contreras Gamarra, que guiaba tropas de corazas y de dragones para reforzar el «exercito de Frisia». (14-Mayo-1589.)

Si el descalabro envalentona a los de Schenk, a los de Verdugo encoragina, y el andar de los días hace volver las tornas. Martín Schenk, al advertir que Francisco Verdugo no hace salidas, entiende que logró burlar la vigilancia y escapar a Groninga, y que en verdad es impotente la guarnición de Nimega, y Schenk organiza una expedición nocturna con treinta barcazas dispuesto a entrar en la plaza antes del alba. Contrariamente a sus cálculos, al romper del día le hace salir del error. Nimega estaba vigilante y apercibida y el combatir adquiere tan reñidas proporciones que «el indómito Schenk dió fin a sus hazañas ahogado en el Wahal». (10-Agosto-1589).

Y sigue «el valeroso caudillo español Francisco Verdugo» habiéndoselas con adversarios desde Groninga a Maestricht, favoreciendo así a Alejandro Farnesio, a la sazón ocupado en el Brabante holandés en la toma de Geertruidenberg, guarnecida por ingleses, y..... es en la empresa de Bommel, emprendida por Mansfeld con aprobación de Farnesio, donde surge el inesperado motín del famoso Tercio de Leyva. Entonces, después de castigar Farnesio la insubordinación de aquel Tercio, haciendo rasgar sus banderas y disolviendo la unidad ante el veedor Juan Bautista Tassis, es cuando se acuerda el enviar tropas «en auxilio de Verdugo, algo apurado por Groninga, ciudad díscola, sometida a España, pero que en manera alguna quería admitir guarnición ni aun dejar entrar con armas la escolta personal de su propio gobernador». (12-Noviembre-1589.)

Gobernador múltiple.

La vigorosidad adquirida por la República Neerlandesa exige cada día mayor preocupación. Vale mucho Mauricio de Nassau y su bien organizado ejército se entrena a pasos de gigante, con un orden, una disciplina y una energía formidables. Se impone de manera especialísima el proveer, sin ambages ni moratorias, a las ineludibles necesidades que reclaman plazas de la talla de Zutphen y Deventer y el intensificar la guarnición y la previsión por tierras de Breda, si se quiere impedir que los de Nassau salten el Oweryssel.

De todo ello informa Francisco Verdugo a Alejandro Farnesio; y transcurren los meses sin que el Capitán General de Frisia reciba noticias, ni socorros, ni refuerzos, dándose lugar a que al descontento se sume el desconcierto allí donde no sienta su mano dura el toledano general; y al amparo de determinadas circunstancias alcanza provechosos resultados el Príncipe de Orange, inaugurando el año con un fingido ataque contra la plaza de Geertruidenberg para ir libremente sobre su principal objetivo: la de Breda, que toma por sorpresa y rendición que trae por consecuencia que en Bruselas sean decapitados, ante el propio Farnesio, cuatro de los cinco capitanes italianos que guarnecían aquel ascentral feudo de los Nassau (3-Marzo-1590).

Al fin sale de su abstracción Alejandro Farnesio respecto al Capitán General de Frisia. Ya escribe al avizorado Francisco Verdugo, sobre quien se acumulan en agobiador volumen, gobiernos, mandos y responsabilidades; porque parece que tan sólo en este «prototipo del soldado español» concurren la voluntad, la firmeza y la seguridad necesarias; pero a quien, hay que repetirlo, no se le atiende con la oportunidad que merecen sus cargos y demandan las circunstan-

cias que se dibujan por el número, la táctica y la bizarría de las tropas genuinamente holandesas.

Francisco Verdugo tiene materialmente que multiplicarse. Abarca su autoridad tantas zonas, plazas y castillos, que Farnesio, conocedor de la proverbial diligencia del leal toledano, y al no serle posible prefijar de momento «el lugar en que puede encontrarse el Coronel-General Verdugo», pone a los sobrescritos de sus pliegos o cartas esta dirección: «Al Ilustre señor Francisco Verdugo, gouernador de Frisia, Zutphen, Deuenter y Ouerysel por el Rey mi señor y su Coronel de Walones» a cuyas señas adiciona estas dos subrayadas palabras: «donde estuuiere».

Es de suponer lo que manifestará Farnesio a Verdugo en este su primer escrito del año 1590. Lo sabido hasta la saciedad: elogiará su proceder, ensalzará sus servicios, encarecerá que persevere en ellos, como si el Gobernador múltiple necesitare de protocolarios incitamentos y, lo de siempre también: que no es posible atenderle cual precisan las plazas y castillos enclavados en su turbulenta y dilatada jurisdicción.

Escuchemos algunos párrafos de la carta:

«Deuo respuesta a tres cartas de v. m. de 25 y 27 de henero y 16 del pasado, por donde quedo advertido del estado de las cosas de la llegada de los Alemanes de Blancquemery y Españoles del tercio de don Francisco de Bouadilla a esa prouinzia, asegurando a v. m. que si la estrechesa y miseria en que me hallo permitieran haberlo proueydo de algún socorro de dinero fuera antes que el de la gente; pero hallandome del todo tan imposibilitado, como se sabe, y temeroso de tantos daños, hame parescido acudir al mas urgente, esperando, en uiniendome alguna sustancia de España, remediare esotro. Y assi conuiene y le encargo quanto puedo, se esfuerze y entretenga como mejor pudiere, que yo no me oluidare de v. m., pues ni lo merece la causa que trae entre manos ni la estimación que yo hago de su persona y seruizios. Piense el trabajo espiritual y corporal que le costa no solo conseruar lo de alla en tiempo tan miserable y calamitoso, para ganar quando no otra cosa reputacion y

lo que por esto me ua cada dia v. m. obligando y a S. M. a que le hagan merced; a quien siempre represento lo que haze, y que el ualor y su nombre de v. m. tienen en pie lo de allá. Siruale esto de consuelo y el enteneder que no puede crecer la satisfaccion que yo tengo de sus acciones, pues ella sola me hace uiuir sin el quidado que me diera no tener ahi a v. m.

Veo la necesidad que padecen Deuenter y Zutphen y lo que v. m. ha trabajado y trabaja de asistirlas y entretenerllas, como le encargo que lo haga por el camino que mas juzgare conuenir, hasta que Dios le abra, de intentar nueuos progresos y socorrellos del todo, librandolos de la prision en que les tienen Locon y Dutoren, ya que no puede ser de presente, como lo había determinado por lo que diré abaxo.

A los españoles he mandado lleuar su tercio de pagas, habiéndolo buscado prestado entre mercaderes, que aunque es poco, todauia es más que nada y seruira de entretenelles hasta que llegue lo que les ando procurando, V. M. les animara a que sufran y uera de atajar los inconuenientes que podrían resultar de no darles la satisfacción que desean, asegurandoles que no ceso de procurallo ni dejare de hazello hasta que tengan lo que es raçon.

A este proposito aduierto a v. m. que la alteracion de los del tercio de don joan manrique, de que auise y lo uueluo a hazer en el duplicado que sera con esta, si no esta acomodado, hay gran apariencia de que lo estara porque tengo auiso de quellos lo desean y assi les he enuiado al Principe de Asculi que uea de apaciguallos y otorgalles lo que piden como no sea en deseuizio de S. M. bien entendido que lo que les acordare ha de ser para ellos y toda la nación pues no desmerezen de haber estado constantes a la miseria y trabajo, etc.».

En esta tan expresiva carta dícele también Alejandro Farnesio a Francisco Verdugo: «que v. m. como soldado de tanto ualor y experiencia se ualga de la ocasion para exquitar algo esta perdida», de la tan importante plaza de Breda. Y termina su escrito el Duque de Parma, manifes-

tando al Gobernador de Frisia: «Vame muy bien de saluz gracias a nuestro Señor. Desela a v. m. y guarde su ilustre persona con el acrecentamiento que pueda.—De Bruselas a 6 de Março 1590—A lo que v. m. mandare—Aless.º Farnese.»

Exacto: Han llegado algunas tropas para «reforçar» el pomposamente llamado «exercito de Frisia». Pero elimínese la preposición y quedará un más adecuado verbo..... Porque tales tropas no son de socorro o ayuda, sino enviadas a la fuerza, obligadamente, como para quitárselas de encima, dada su ética y procedencia. Menos mal que como no encontrarán qué comer desertarán calladamente, y lo que reste no durará mucho, pues ya se susurra que el Rey ordenará a Alejandro Farnesio acudir en persona con los Tercios de Flandes a Francia en defensa del partido católico.....

Así tal cambio se produce en el mismo ambiente católico de los Estados al conocer el Decreto del Soberano español, que, a pesar de los anhelos de Farnesio y de Verdugo, la guerra no puede alcanzar ni la mínima cualidad de defensiva en la sucesión de los días vaticinados por el Capitán General de Frisia, con todo el desconcertante cortejo de angustias, de asechanzas, de defecciones, de preludiar pérdidas de territorios que Francisco Verdugo conquistara y recuperara. De las ineficaces resistencias avisa Farnesio al Rey, y Felipe II conmina a Farnesio su inmediata marcha a Francia a levantar el cerco con que Enrique IV aprisiona a París.

Nuevo desguarnecer de plazas y castillos, y nueva papeleta respecto a la persona que ha de reemplazar a Farnesio durante su estancia en Francia. Por el Regente sería Francisco Verdugo el substituto, y también por el Monarca; pero ha de sopesarse la resolución. De un lado el máximo de la campaña carga sobre comarcas en las que son imprescindibles las más directas cooperaciones y defensas del insustituíble toledano; de otro, flamencos y brabantines meridionales admiten estar subordinados a un su compatriota, más no así a un español, aunque se trate de un español belga por adopción cual Francisco Verdugo. No queda otro recurso sino confiarse al octogenario Conde de Mansfeld, y

en manos del suegro de Verdugo queda el Ejército de los Países Bajos.

¡Y qué triunfal la entrada de las tropas españolas en París, en tanto que los Países Bajos apenas disponen de soldados para el servicio de guarnición de las plazas más importantes, y Groninga sigue «la misma conducta, haciendo insostenible la situación de Verdugo»!

Tres meses más, y desesperado el Capitán General de Frisia, apremia al Conde de Mansfeld solicitando tropas y socorros con qué sustentarlas. A Mansfeld no se le ocurre más que ordenar a su yerno que baje hasta Bruselas. Larga, inútil y tristísima conferencia para en resumen patentizar a los ojos de los mismos católicos de Flandes la amarga verdad: Felipe II, por atender a asuntos de Francia, deja en vilo a los Estados que le son tan fieles. La desilusión comienza a acibarar el alma de Francisco Verdugo. Su suegro, sobre carecer de tropas, no digamos ya de dinero y municiones, «por la decrepitud se hacía impotente para sostener la gran máquina de su cargo»; y en Bruselas permanece Verdugo, enterado que regresa Farnesio, a quien da cuenta detallada de la deslealtad que se respira por toda la Frisia y de lo imprescindible que es el que se le faciliten elementos para la defensa de Zutphen y Deventer, pues, al amparo de las dos plazas, podía Farnesio hacer progresos entrando en Holanda.

Todo razonamiento resulta baldío. Verdugo no encuentra en Farnesio sino una acogida enmarcada por tibiezas, dudas, vacilaciones y..... sugestiones, y, perdida la calma, ruega que se le permita llegar hasta Luxemburgo con licencia, por asuntos propios, y a su patria adoptiva marcha Francisco Verdugo desesperanzado por completo y transida su alma porque bislumbra en toda su magnitud el denigrante y próximo mañana de España en los Países Bajos. (12-Diciembre-1590.)

Después cae enfermo Francisco Verdugo. No importa, el Regente decreta la inmediata incorporación del Capitán General de Frisia a su gobierno. A buen seguro que otro que no sintiera cual Verdugo tan sacrosanto culto al deber del

soldado español hubiera dado al traste con todo, renunciando a la vida de campaña; pero su acendrada pundonorosidad ahoga la malquerencia que comienza a ceñir su ánimo por tantas decepciones recibidas, y sigue por Namur, de allí a Zutphen y a Deventer, en cuyas tierras no halla más que justificado descontento al ver los naturales que regresa sin tropas de refuerzo, y hácese urgente su incorporación a Groninga, y hacia allá se encamina Verdugo casi solo, acompañado de sus criados y una reducida escolta tomada en Güeldres.

En plena ordinea.

Se confirman las alarmas de Francisco Verdugo. Los residuos de las unidades disueltas por rebelión que envía Farnesio a Frisia, son eficaces velomotores de la sedición y la deserción, y dentro de las mismas provincias walonas, reconciliadas con Farnesio, se propagan sin rebozo el soborno y la defección so pretesto de dar «mayor interés el Rey español a Francia que a Flandes»; y un día es el vecindario de Venloó quien encisma y arroja de la urbe a la italo-tudesca guarnición; y ha de temerse por Amberes desde la hora en que las ciudades de Turnohut y Westerloó se desentienden de oficiales y soldados que en Flandes no han nacido; y en el cundir de deslealtades, mientras el Duque de Parma continúa imposibilitado de hacer frente a cuanto los momentos exigen, el Príncipe de Orange, que ha efectuado una verdadera movilización general y lleva diez mil hombres de armas, amaga a Doesburg, para al abrigo de una estratagema apoderarse de un fuertecillo cercano a Zutphen; y simula un ataque contra Geertruidenberg, a fin de cubrir el paso de otros dos mil soldados que Guillermo Luis de Nassau trae de refresco, y bloquea Zutphen, que en junto cuenta con 600 hombres al mando de Jorge Loukman, y, consecuentemente, abre el pueblo las puertas de la plaza a los orangistas. Un empujoncito más y Deventer, guarnecida por Herman S'Herenberg, primo de Mauricio de Nassau, adopta idéntica determinación que Zutphen..... y el Gobernador General de Frisia cede a interna ira viendo con qué facilidad vuelve a Orange la llave de oro del Issel, con tanto tesón cobrada y defendida por el indefenso toledano.

«Solo, allá, en Frisia, el heroico Verdugo logra apoderarse de una bicoca llamada Ementil, que perdió al poco tiempo». (1-Enero-10-Julio-1591.)

Ante tamaño triunfar y conocido el desamparo en que se

encontraba aquel Gobernador, «resolvió el Stathouder hechar a Verdugo de Frisia, provincia ya de antemano trabajada y condescendiente» y pónese en acción el propósito. Trenes y bagajes, a bordo de adecuadas naves, por aguas de Issel, del Zuiderzeé y del mar del Norte, arriban al Dollart. De aquí, en rápida marcha, asegúrase que el ejército holandés entrará victorioso en Coeworden; mas olvidó Nassau un factor de alta monta: la sutil vigilancia de Francisco Verdugo y la plaza sigue en poder del bravo español. A otro inusitado avanzar de los orangistas, en plan de apoderarse de Groninga, se opone un premeditado giro de Verdugo, haciendo creer inminente aprisionamiento de la retaguardia de su asendereada tropa, que obliga al enemigo a emprender un movimiento envolvente que le mete en la boca del lobo y los tropiezos por aquel terreno impracticable impiden el perseguir y atrapar a nuestro compatriota con la tenacidad que impulsa al Conde de Nassau. ¡Ah, si hubiera contado con elementos Francisco Verdugo! No obstante, consigue que Mauricio de Nassau invierta aún cinco días en dar vista a la sede frisona y «Verdugo pudo adelantarse y entrar en Groninga, pero solo. Ya se explicó la singular conducta de esta ciudad cerrando las puertas a toda guarnición española. Verdugo tuvo que contentarse con fortificar los arrabales», y tal fué su actividad, que Mauricio, después de siete días de tanteo y escaramuza, levantó el campo, tomando a Wedde y Delfzyl, de la que hizo su base y plaza de depósito.

Ya está marcado el rumbo de los acontecimientos y es temerario el arrebatamiento de Farnesio en socorro de Francisco Verdugo, que en muy desfavorables condiciones pelea en Coeworden. En el ejército del Regente no forma ni un cincuenta por ciento del que presenta en batalla el de Nassau y a todo ello «sin pagas ni víveres, sin pólvora los arcabuceros» realistas. Por algo previene Verdugo a Farnesio que si la moral de sus soldados está relajada y «si no tenía 12.000 infantes y por lo menos 2.000 caballos, que no pasara el Rhin, porque mejor era que Verdugo se perdiese que no que corriera peligro Farnesio». Pero empéñase el Duque de Parma en tomar represalias sobre el Príncipe de Orange,

digno contricante de aquél, y aquí de los justificados consejos del Gobernador de Frisia. A renglón seguido lo previsto. Sublévase a Farnesio el antiguo Tercio de Bobadilla. Los pocos soldados que llegan con Cristóbal Mondragón son los que el anciano coronel había pedido «por favor a los amotinados que le acompañasen», y en tanto aguarda que baje Verdugo hasta Nimega, para con su cooperación afrontar la ofensiva, da margen Farnesio a que Mauricio de Nassau penetre con los suyos en pleno Flandes y ocupe «Hulst por interpresa»; y las tierras bañadas por el Wahal son palenque sobre el que mide sus primeros bríos el primogénito del Regente, entre los piqueros de Jaime Aragonés, Teniente de Jerónimo Carrafa, Marqués de Montenegro, y de Bernardo Aragonés, «capitán práctico y osado».

Bien; pues coincidiendo con los preliminares de la defensa de Nimega, en la ocasión más comprometida, cuando es más de rigor que el mando superior de los Estados lo lleve una mano vigorosa de fornido estratega, en oposición al Príncipe de Orange, en ese momento difícil, recibe Alejandro Farnesio un mensaje del Rey Felipe II ordenando que con toda urgencia marche en persona a Francia en auxilio del partido católico. (25-Junio-1591.)

Allá va, camino de Francia el Duque de Parma al frente de los tercios de Italia y de..... Flandes. Y como a medida que se manifiesta más embarazosa la situación, más ardua la lucha y más dudoso el éxito, más y más se acentúa la falta de fidelísimos colaboradores de Farnesio; cual si no fuese bastante que sobre Francisco Verdugo pesara el abandono a que se le tiene confinado en su Gobierno de Frisia, donde ya sabemos no podía confiarse de persona que no tuviese pelos en la palma de la mano, se le endosa el de Güeldres: de la comarca más espiritual de los Nassau y cuyo lema era: «corazón esforzado, bolsillo exhausto y espada en mano». Se le encomienda al toledano general aquel Gobierno, según sus émulos, por eso..... porque Francisco Verdugo es todo un espíritu valeroso, exento de auxilio y presto al acero. No puede señalarse mayor ironía. Tan sólo protegido por estas cualidades ha de procurar asimismo por la defensa de

Nimega, sin dilaciones de ningún género; y laboró en pro de la plaza tan seriamente amenazada desde Arnhein por los holandeses un mes y otro mes y otro hasta que Nimega, con tres mermadas compañías de alemanes y «un vecindario levantisco, se apresuró a entregarse a Mauricio de Nassau cuando éste se presentó con 8.000 infantes y 1.600 caballos». (22-Octubre-1591.)

Ya puede señorearse el Conde de Nassau del Ducado de Güeldres, vínculo del Brabante y la Frisia, y perdidas «las conquistas hechas el año anterior por Verdugo y sus tenientes», anticiparse la de Groninga y con ella toda la Frisia. No permiten los hechos lanzarse a nuevas gasconadas. Debe renunciarse a llevar de nuevo los Tercios españoles a Francia. Pero de Flandes salen los Tercios y otra vez pasa el Gobierno de los Estados al Conde de Mansfeld, desprovisto de autoridad sobre los flamencos, dolidos por la indiferencia que el Rey español hace de los Países Bajos, y tiene Farnesio que realizar lo que más aversión le produce: entregar el mando militar a «Carlos de Mansfeld, su enemigo personal y declarado». (8-Diciembre-1591.)

Así de día en día va quedando más aislado y desvalido Francisco Verdugo. Sin esperanza en obtener algunas tropas a quienes confiar, siquiera relativamente, la guarnición de muy estratégicas ciudades y fortalezas. Con la agravante de que se le incrementa su radio de preocupaciones y responsabilidades confiriéndole el sector de Limburgo, porque su gobernador sigue a Farnesio en Francia; y tiene que bajar hasta Maestricht «caminando día y noche por ser tiempo corto, y con gran peligro» llega oportunamente a frustrar la escalada con que tentó Massau ganar tan importante plaza. Y sin solución de continuidad, porque al dinámico Francisco Verdugo no se le tolera un alto en la marcha, muerto el Conde Cleves y «siendo necesario inuiar de parte del Rey a su enterramiento», el Conde de Mansfeld encarga también a su yerno que con la máxima presteza salga a desempeñar tan honrosa comisión; y allá va nuestro compatriota «embarcado río abajo hasta el país de Güeldres, a donde gastó muchos más de lo que tenía», y se le hace

llegar después hasta Bruselas a informar a Mansfeld, y bajar luego hasta Spá a tratar con Farnesio, a quien encuentra tan agobiado por los lauros conquistados en Francia, como por la afección que consume la vida del Regente de Flandes; y..... los mandos militar y civil han de seguir en manos de los Mansfeld.....

....

.....

¡No hay salvación! Entra en plena odisea Francisco Verdugo. Mauricio de Nassau, clara y decididamente se apresta a acorralar y a destrozar al único caudillo español que ofrece obstáculos a sus designios de patria independencia neerlandesa: Francisco Verdugo. Esto, desde Güeldres, «importunaba al de Parma, que estaba en Aspa, y al de Manfelt, en Bruselas, le inviasen socorros» ante la seguridad de que el Príncipe de Orange acometería a Steenwyk. Sería inaudito el admitir que bien podía ser defendida la plaza supliendo la carencia de medios con la resolución e inteligencia de Antonio Coquel, teniente de Francisco Verdugo, que sólo dispone de 1.500 hombres. Todo inútil. «El socorro tardó fuera de esperança y raçon militar». Y a los cuarenta y cinco días de padecer los efectos de setenta piezas enemigas emplazadas en batería, y de tener abierta brecha la muralla de Steenwyk, y de carecer de municiones los realistas y de víveres la población, y de estar diezmados los defensores de la ciudad y sus anexos, y de haber causado más de mil bajas al ejército de Nassau; entonces, sólo entonces, es cuando se entrega la plaza conquistada diez años antes por Francisco Verdugo, saliendo el reducido número de soldados supervivientes con armas y redoblando las cajas; pues conocida y admirada por Mauricio de Nassau la homérica resistencia desplegada por tan heroicos y extenuados defensores, los concede el desfilar con todos los honores de la guerra, si bien imponiéndolos el juramento de no prestar servicio en Frisia hasta pasados seis meses. (4-Julio-1592).

Y arreciando el de Nassau en sus aptitudes poliercéticas pone sitio a Coeworden, e insiste en sus peticiones de «soco-

rro Verdugo, uiendo la ocasion que le daua el enemigo para desfacerle parte de su exercito» ¡In desertus clamavit! Consigue, sí, meter con mucho riesgo algunos walones en la pentagonal fortaleza tan provista de grandes caballeros, contraguardias, casamatas y fosos de agua; toda una pequeña Amberes que reclama nutrido contingente e indispensables pertrechos; y pasa Verdugo a Groól a esperar y distribuir las tropas que ¡al fin! se le anuncian subirán de Brabante.

¡Qué sarcasmo! «Llegó el socorro a Grol, donde estaba Verdugo, sin un real, ni él le tenía». Un verdadero saldo de liejeses de La Capela, irlandeses de Stenley e italianos de Spínola, «que todos juntos no pasaban de ochocientos soldados y cien caballos». Eso sí, nada menos que al mando de Alfonso de Avalos, hermano del Marqués del Vasto. Y en la ausencia de Francisco Verdugo ríndese la villa de Oldenzaal «con pacto igual al de Stenwyk», y, ante la disposición y ejecución de los aproches y la acertada dirección de Mauricio de Nassau, tiene necesariamente que capitular Coeworden, «sin que Verdugo lograra socorrerla por la escasa fuerza de que disponía»; y dos regimientos de alemanes toman la vuelta del Brabante, y a esta deserción sigue la de los italianos..... y la de los walones..... que ya es mucho sacrificio continuar la defensa durante meses y meses desprovistos, no sólo de pagas y de vituallas, si que de lo más imprescindible en la guerra: de municiones. (12-Septiembre-1592).

Nada, la eterna cuestión con lo que la fatalidad se aproxima en raudo vuelo. Ha quedado expedito el acceso a Groninga. Se explican los desesperados aldabonazos de Francisco Verdugo llamando al alma de España. Entonces, Alejandro Farnesio, viendo en toda su magnitud la triste realidad y la causa que a ella contribuye, se hace subir desde Spá a Bruselas, «enojado contra los Mansfeld, padre e hijo, y el famoso Compagny, «chef» de finanzas, a quien desterró»..... Entonces también, cuando pretende el Regente imponer un cambio radical, altamente tardío, en el Consejo de Flandes, el Rey ordena a Farnesio que por tercera vez abandone aquellos Estados y se persone con toda premura en París, para interponer su influencia a fin

de que sea proclamada Reina de Francia la Infanta Isabel Clara Eugenia, hija de Felipe II.

¡Imposible es cumplimentar la augusta orden el Duque de Parma....!

Sale de Bruselas sin poderse sostener ya sobre el caballo, y en las inmediaciones de la villa de Arras, al negarse su cuerpo a prestar al espíritu las energías que exigen la lealtad y la abnegación, el hijo de Margarita de Parma véncese al terreno tributo con la entereza y la contricción propias de un nieto de Carlos de Gante (20-Octubre-1592).

¡Y qué previsor el Rey Felipe II! Acaba de conocer Francisco Verdugo la entrada de Pedro Enríquez de Acevedo en Bruselas, portador del nombramiento de Pedro Ernesto de Mansfeld como Gobernador General..... ínterin llegaba el Archiduque Ernesto (20-Noviembre-1592).

No; Conde de Fuentes de Val de Opero, ya no es preciso que despleguéis tanta diligencia por comunicar a Alejandro Farnesio aquesta..... designación.

Acogido a la abadía de San Vaast de Arras, en aquel Monasterio, base de la actual Catedral, desprovisto de galas marciales y a cubierto de humilde sayal franciscano, ha extinguido su vida el egregio Duque de Parma y de Placencia. Y ha muerto «tan pobre que hubieron de aguardar sus criados a que se vendiese parte de la recámara para poder salir de Flandes con sus huesos» y darlos sepultura en el atrio de la Iglesia de San Francisco de Parma (2-Diciembre-1592).

El último baluarte.

La aspiración del Príncipe de Orange será pronto realidad. Sin que haya de temer el español, por ahora, un ataque a fondo contra el corazón de Flandes. A lo sumo irá Mauricio de Nassau sobre Grave, Bois-le-Duc o Maestricht. Pero, cuidado, no dejarse sugestionar, advierte Francisco Verdugo; los movimientos iniciados serán ardides encubridores del verdadero objetivo orangista.

¡Guay de Geertruidenberg! grita el perspicaz Gobernador de Frisia, que desde Lieja al Dollart continúa desbaratando planes y confabulaciones del porfiado Guillermo Luis de Nassau.

¡Alerta, Conde de Mansfeld! reitera Francisco Verdugo a su suegro. De la suerte de Geertruidenberg, la más importante y sólida base de defensa del Brabante, depende también Groninga.

Mas al Regente interino de Flandes no le es dable prestar socorro a los mil hombres que en junto constituyen la dotación que tiene a su cargo la fortaleza y las obras exteriores, y, viceversa: es Mansfeld quien reclama de su yerno que se acerque a la zona amenaza y con sus arrestos y arengas, únicas disponibilidades con que puede contar en tal decisiva ocasión, que procure sostener el espíritu del sitiado; y la reducida guarnición hostiliza un mes y otro al sitiador; quien ha emplazado hasta doscientas cincuenta piezas sobre plataformas y diques. E ínterin despliega Mauricio de Nassau polieréticas actividades en el asedio de Geertruidenberg, Mansfeld logra aproximarse con algunas fuerzas; pero se ve obligado a esperar municiones y artillería de Amberes, y es atacado por otras tropas orangistas destacadas desde Breda, e inútil es el empeño y estéril la sangre derramada. En la obstinada defensa muere el Castellano-Gobernador de Geertruidenberg; se pierden la mayoría de las obras avanzadas, se agotan las municiones y los víveres, intensifican los sitiados cruen-

tos alardes de heroismos, y la pequeña y hambrienta guarnición de la plaza sitiada, tras tantos meses de infructuosas proezas, se rinde a las nutridas huestes del Conde de Nassau; y éste, admirado de las virtudes militares de los soldados alentados por Francisco Verdugo, ordena que se permita abandonar Geertruidenberg a tan ejemplares defensores con armas, banderas y salvo conducto para que puedan incorporarse al campo del Conde de Mansfeld, nunca al de Francisco Verdugo que tan estoicamente persevera defendiendo la causa de España en «las tierras baxas». (25-Junio-1593.)

Después..... lo de siempre. Verdugo, desprovisto de auxilios, pasa «todo el año cubriendo a su infiel Groninga contra intentonas y asechanzas del tenaz Guillermo Luis de Nassau», que facilitan al Príncipe de Orange acrecentar y reorganizar sus ejércitos náutico y terrestre, cada vez mejor dotados y disciplinados, y hácese inminente la hora fatal para Francisco Verdugo y para España. Porque no ha de confiarse en que con la llegada a Flandes del nuevo Regente, el Archiduque Ernesto de Austria, mudarán de característica política y militar los Estados. No. Al sobrino del Rey Felipe II no acompañan el imprescindible bagaje de recursos pecuniarios, de habilidades diplomáticas ni de resistente salud que las circunstancias reclaman de manera imperiosísima, y las consecuencias precipítanse en arrolladora vorágine de rebeliones y defecciones, alentadas por Mauricio de Nassau e incrementadas por el secular atraso en el abono de las pagas a las tropas realistas y por los prejuicios y reservas con que los Países Bajos reciben cuantas ofertas se les brinda en nombre del Rey de España. Marcha, pues, vertiginosamente hacia el ocaso el iris de España en Flandes; se acecha el fatídico instante; el acontecimiento más deplorable: la pérdida de Groninga, llave de la Frisia, tan codiciada por Orange. (30-Enero-1594.)

En vano anuncia nuestro compatriota la iniquidad que se avecina: el imperdonable desposeimiento de aquellos mal sujetos territorios, el derrumbamiento de la portentosa obra a España confiada, dada la puesta en práctica de la decisiva y firme resolución del Príncipe de Orange de apoderarse

de Groninga y, preferentemente, de Francisco Verdugo; sin escatimar medios ni procedimientos.

Ya Francisco Verdugo no suplica, exige, con vehemencia enmarcada en justificadísimos enojos y mal contenida cólera, que por honor de España cese la demora, rayana en desidia, en reforzar con hombres y dineros las débiles tropas que en Frisia siguen las banderas del Rey Felipe II. Nada; ni su conducta, eminentemente heroica y fidelísima, ni la asombrosa serie de victorias alcanzadas sobre su perenne y poderoso enemigo Guillermo Luis de Nassau, ni el estado de las gentes de Francisco Verdugo despierta el interés que Frisia y su Capitán General merecen.

¡Al fin! Van apareciendo los refuerzos. ¡Qué decepción! Primero residuos del tercio del Príncipe de Chimay, «a cargo de un sargento mayor de poca opinión, con los soldados y oficiales que fastidiaban en Brabante y desertaban, y así lo hacían en Frisia, y en esquadras de ueinte se iban al enemigo». Luego, con el Comisario general Juan Contreras Gamarra, «algunas compañías de caballos..... sin un real con que sustentarlas». Más tarde, el Conde de Heerenberg, con otro saldo de mil setecientos soldados, en su mayor número alemanes, irlandeses y walones. En el conjunto forman doscientos españoles y «algunos aventureros nobles sin un real». De aquí en adelante lo que era de esperar. Ante la carencia de recursos y la general miseria del país, hasta los mismos walones y españoles, que habituados al hambre y la desnudez por tantas pruebas de riesgos y de disciplina pasaron peleando a las inmediatas órdenes de Francisco Verdugo, se solidarizan con la caballería y arcabucería extranjera en la enervación, la desobediencia y todo género de excesos.

Todo, pues, resulta ineficaz pasados unos días; desde el punto en que el Gobernador de Frisia, francamente rebelada la caballería alemana, no puede oponer cabal resistencia, con sólo tres mil quinientos infantes, al efectivo de «17.000 hombres con excelente caballería» que presenta Mauricio de Nassau sobre quien, no obstante su decidido propósito de apoderarse de Groninga, pesa más la idea de aprisionar a Francisco Verdugo; y el de Nassau teme de

Verdugo recíprocos designios a juzgar por las incesantes escaramuzas con que, a falta de otros adecuados medios de defensa, sabe salir airoso el indomable toledano.

Se explica el cauteloso vivir de ambos adversarios. Máxime conociendo que en reciente Consejo hízose cuestión de gabinete el que Francisco Verdugo acabe con Mauricio de Nassau o a éste se le elimine, sea como sea. Sí, ya es sabido que Ernesto de Austria patrocina un complot contra el Príncipe de Orange. ¡Jacta est alea! Va en ello la vida del Conde de Nassau y la privación de mando del Gobernador de Frisia.

Mauricio de Nassau, para llamar la atención y probar fortuna, amaga previamente a Bois-le-Duc y Maestricht. Los movimientos anunciados por Francisco Verdugo. Y destaca, como señuelo, una columna sobre Delfzyl. A continuación marcha resuelta y directamente contra Groninga y éntrase en la órbita de la fatalidad.

La Historia Militar reconoce que, no obstante el grado de inferioridad material en que se encontraba Francisco Verdugo con relación a Mauricio de Nassau, éste puso en juego tanta ostentación del complejo arte bélico, para el sitio de Groninga, que dejó tamañitos a los sitiadores de Troya: «inmensas líneas de circunvalación y contravalación, y gran lujo de inundaciones, y cientos de piezas de artillería.....».

Entre tanto el grueso del ejército de Flandes camino de Francia, al mando del Conde de Mansfeld, contra Enrique IV..... y el Archiduque-Regente disipando su vida y los recursos realistas..... en Bruselas.

Sin embargo, algunos holandeses ponen en cuarentena el feliz resultado que se ansía alcanzar sobre el indefenso toledano, al imaginarse que, coincidiendo con la entrada del Archiduque Ernesto de Austria en Amberes, penetre e invada la Frisia un fuerte contingente venido de Alemania. ¡Infantilismo se llama esa figura! «Su Alteça, entre la pompa y aplauso, se entretenía con ordinarios festines y desuelos, y mostrando cuanto engaño al Rey», apartaba de sí los desagradables asuntos relacionados con Frisia y Francisco Verdugo. No ha de negarse que un día, cediendo a indicaciones del Conde de Fuentes, a éste ordenó imperiosamente

el Archiduque «que socorriese la agonizante plaza» de Groninga; mas no menos verdad es el que Azevedo «le contestó con llaneza que no podía juntar soldados veteranos porque se amotinaban, ni bisoños porque no tenía dinero». ¡Ah de los días en que al propio Archiduque se le desbandaron las tropas por no abonarlas la soldada»!

En este forcejeo, desamparado, aislado y olvidado el Gobernador de Frisia, surge la interrogante: ¿Qué podía emprender Francisco Verdugo contra el quíntuplo de ejército de Mauricio de Nassau, protegido por si acaso por las fortalezas de Bourtange, Coeworden y Ommen, separadas entre sí por inmensos pantanos, sin sendas siquiera practicable?». Lo que emprendió: una prudente retirada sobre Oldenzaal, con unos cuantos españoles, enviando a la desfilada un destacamento a Groninga.

No ha de olvidarse que «esta ciudad jamás quiso admitir guarnición» y tampoco permitía el paso a la urbe ni aun a la misma escolta oficial del Gobernador portando su armamento reglamentario. Y en Groninga llegóse a que «por casas y calles, las mujeres de los burgomaestres Balen y Leo, madre e hija, instaban al pueblo a que se rindiese; y la mujer de un capitán del Rey, que estaba en Bruselas, les ayudaba mostrando sus cartas con aviso de cómo no había socorro, y éstas movían a las demás que solicitasen sus maridos para que se ridiesen.....» En efecto, el oportuno socorro brillaba por su ausencia, un mes, y otro, y otro..... Y amaneció el día en que el Alcalde de Groninga, prisionero de la burguesía vendida al Príncipe de Orange, so pretexto de que por carecer la plaza de víveres y de municiones no podía admitir fuerzas ajenas a la milicia urbana, por él acaudillada, «cerró las puertas al socorro de Verdugo y lo dejó abandonado en el arrabal». Y ya, sin que aparezcan en escena los tan privativos rasgos de aquellas guerras: apertura de brecha, sórdido o asonado asalto, pérdida de tropas de uno y otro bando y saqueo a la ciudad..... en Groninga entra tranquilamente Mauricio de Nassau..... «el día después de las fiestas de Amberes. (22-Julio-1594).

Honrosos conceptos.

En el ahondar, hasta la raigambre de los lauros toledanos, hallamos en Flandes al «soldado Alonso Vázquez, natural de Ocaña», y un su homónimo capitán nacido en Toledo. En suma, uno y otro el propio autor de los «Sucesos de Flandes y de Francia en tiempo de Alexandro Farnesse»: Alonso Vázquez de Vargas, bautizado en la Imperial Ciudad «el miercoles XXI de julio» de 1557 y, desde los primeros días de su vida, transplantado y criado en la Villa-Corte de los Grandes Maestres de Santiago ¡Toledano al fin!

Pues bien: él, años después, Sargento Mayor Alonso Vázquez, que de alférez sirvió en Frisia con Francisco Verdugo, dejó escrito «que este Capitán General y Gobernador de tan extensos territorios, conquistador de muchas villas, castillos y otros lugares fuertes, tan gran vencedor como se sabe y tan valiente como envidiado, atropelló imposibles, atemorizó los enemigos de Holanda y Zelanda, y si fuera asistido con gentes y dineros, se hubiera apoderado de estas islas. Las partes y servicios de este excelente capitán, fueron y son tan conocidas, que merecen ser escritas de ingenio y pluma más sútil que la mía», agrega Vázquez. Y al ocuparse del injusto desvío con que algunas veces fué tratado Francisco Verdugo por el Duque de Parma, no vacila en ponerse de parte del agraviado, diciendo paladinamente «que los émulos del Coronel, envidiosos de su valor y virtud, perturbaban el claro juicio y buena voluntad de Alejandro Farnesio»; confesión, como hace observar el Marqués de la Fuensanta, tanto más preciosa e importante en la pluma del historiador Alonso Vázquez, cuanto que éste jamás ocultó el respeto y afección que al de Parma profesara.....

Otro cronista toledano, nacido en Ocaña (1559), conforme a documentos de la Inquisición: Luis Cabrera de Córdoba,

que en Neus y Rheimberg peleara con tropas napolitanas del tercio de Carlos Spínola, Duque de Seminara, manifiesta en diversos capítulos de su historia «Felipe Segundo, Rey de España», que el Coronel Francisco Verdugo se proveía, para la defensa, conforme a su poco caudal y autoridad dependiente y no poco envidiada, y emulado de los ministros de la corte de Bruselas, con notable deseruizio de su Majestad, y que causó la pérdida de la Frisia el no haberse dado desde Bruselas a Verdugo la asistencia necesaria, y gobernándose la guerra con diversión y prevención, ni lo uno ni lo otro hicieron, habiendo Verdugo, siempre que pudo, asistido al Duque de Parma, cuando estaba ocupado en Flandes y Brabante, divirtiendo por Frisia al enemigo; el cual, conociendo esto, le apretaba más de lo que pudiera, si fuera acudido con los avisos que daba, pidiendo los socorros con tanta insistencia y necesidad que obligaban a Verdugo a usar a veces de más libertad que fuera razón; y habiendo tenido algunos buenos sucesos, abriendo camino para muchos mayores, con muy gran costa, peligro y trabajos, y habiendo asistido a los de Groninghen para mantenerlos en la fidelidad que debían a su Rey, aventurando su vida muchas veces por ellos, padeció muchos cuidados, molestias y persecuciones causadas por ellos y por los émulos, que aun sus mejores acciones calumniaban, etc., etc.

Pero las opiniones de Alonso Vázquez de Vargas y Luis Cabrera de Córdoba, pudieran conceptuarse influencias de patria chica. Cedamos la palabra a otros militares escritores contemporáneos de Verdugo y ajenos a tierras de Toledo. Con sus asertos quedarán robustecidos los juicios de los compatriotas y compañeros de armas del Gobernador General de Frisia.

Carlos Coloma, Marqués de la Espina, Maestre de Campo y prócer de vigoroso relieve en las armas y en las letras, al tratar de «Las guerras en los Estados Baxos», exalta la figura del ínclito toledano recordando que a Francisco Verdugo, «capitán de los más señalados de nuestro tiempo y de cuya integridad nadie puede dudar, lo halló el Duque de Alba en tanta opinión que le nombró por Sargento mayor de todo el

Exercito, cargo que hasta allí no se había visto en otro»; que por las cartas de Felipe II «se hecha bien de ver el gran concepto que hacia de su persona» el Rey, y que «alcanzó las señaladas victorias que no han podido ofuscar los émulos de nuestra nación», etc.; terminando sus extensas noticias respecto a Francisco Verdugo con estos párrafos: «Heme querido alargar más de lo acostumbrado en escribir la vida de este capitán excelente, lastimado del descuido que tantos autores modernos han tenido en publicar sus cosas, ocupando mucho tiempo y papel en relatar la de otros, algunos de ellos en todo punto inferiores en valor y fortuna. Tuvo este insigne caballero elocuencia natural grandísima, y todas las partes que para ser gran soldado y gran gobernador convenían; solía decir de ordinario que había procurado ser Francisco para los buenos y Verdugo para los malos».

El capitán Bernardino Barroso, también de la alcurnia de clásicos soldados-escritores, en su estudio «Cargo del Capitán General», dedica especial atención a las dotes y actividades de nuestro compatriota en los Países Bajos, condensando, en lo relativo a las Provincias Unidas, que «Francisco Verdugo estaba en una Provincia tan remota como la Frisia, donde todos los socorros y asistencias que le enviaron en tan grandes y apretadas ocasiones, más llegaban para que Verdugo los socorriese que socorrer ellos a Verdugo; a cuya causa no le estimaban más de lo que él mostraba por el valor de su persona y simulación forzosa y gran prudencia, con lo que, si juntamente fuera ayudado y socorrido, hubiera sido otro Cortés, y aquellas provincias otro Méjico; pero no tenía Verdugo el imperio y confianza que eran razón y el cargo requería, como se vió».

Cuando Crono coadyuva a sedimentar agravios y rencores, son acreditadas plumas extranjeras, cual las de Emmanuel de Meteren, J. F. le Petit, Guido de Bentivoglio, P. Fammiano Strada, etc., las que encomiásticamente citan a Francisco Verdugo en varias publicaciones de las centurias XVII.ª a la XIX.ª

Tres siglos después de la epopeya de España en Flandes, otro capitán, prez de nuestra Infantería y de la Real Acade-

mia de la Historia (Madrid), Francisco Barado Font (1906), al señalar que ninguno de los capitanes de tiempo de Alejandro Farnesio son merecedores del olvido, hace resaltar: «pero menos que ninguno aquel esforzado Francisco Verdugo que, en el extremo Norte de los Países Bajos y en las apartadas regiones de la Frisia, haciendo grandes esfuerzos para engrandecer la dominación de España, velando por las ciudades sometidas a su gobierno, vigilando a los traidores, deshaciendo las tramas de sus enemigos, dando pruebas de su valor y de su lealtad, encontrándose siempre en su dilatado gobierno sin fuerzas suficientes, sin recursos, rodeado de contrarios, verdaderamente aislado y ..... sin que Farnesio hiciera caso de los consejos de Verdugo ni atendiera a sus súplicas..... luchó desatendido y olvidado por espacio de catorce años; catorce años de glorias y amarguras; pues hubo de luchar con capitanes de la talla de Nassau, de Norris, de Holack; contra bátavos, ingleses, gascones, holandeses, y contra sus mismos soldados, constantemente en sedición; contra la mala fe de los magistrados y de los naturales, y contra los enemigos que tenía en el cuartel del mismo Príncipe de Parma.»

Muchos más elogiables conceptos pudiéramos anotar respecto a Francisco Verdugo; pero cerremos este capítulo transcribiendo parte de lo que en su «Bibliografía Militar de España» dice el Mariscal de Campo, Secretario del Cuarto Militar del Rey Amadeo I y gloria del Cuerpo de Ingenieros del Ejército de España, nombrado José Almirante Torroella:

«El coronel Francisco Verdugo brilla en la pléyade de aquellos inimitables soldados, cuyo conjunto entendemos hoy por Tercios de Flandes. Si éste fuera lugar de clasificación, haríamos reparar que su mismo título de Coronel, por oposición al de Maestre de Campo, le coloca entre aquellos españoles aclimatados, por decirlo así, en aquellas frías y lejanas tierras, que una vez entrados nunca salieron de ellas, sirviendo, sin embargo, al Rey, como entonces se decía, con una firmeza y lealtad tanto más recomendables, cuanto más cercano eran los escollos, más domésticos los peligros, más frecuentes las tentaciones.»

«Alejandro Farnesio lo tomó de Maestre de Campo General para el socorro de Zutphen, si bien no escuchó sus prudentes consejos con mucha docilidad; y asombra la perseverancia con que luego siguió manteniéndose entre mil lazos y asechanzas en su buena ciudad de Groninga, que no permitía entrar a ningún soldado español si no dejaba sus armas a la puerta, y mientras llenaba de chismes la corte de Farnesio y trataba descaradamente con los rebeldes, Verdugo, sútil y vigilante, seguía sus tramas, advertía lealmente al Gobierno, pedía con natural insistencia refuerzos y recursos, sobre todo para conservar a Zutphen y Deventer, puertas de Holanda y del país de Utrecht, que al fin perdimos; pero todo era en vano, y los rebeldes, acaudillados por Guillermo de Nassau, y animados por los facciosos de dentro, pusieron estrecho cerco a la misma Groninga, aunque sin resultado por entonces. Mientras tanto Verdugo desempeñaba arduas comisiones en Gueldes y en Maestricht; velaba asiduo sobre Steenwyk y Coevorden; anticipaba angustiado la pérdida de Geertruidenberg; reprimía o encauzaba continuados motines de sus revueltas tropas extranjeras, y luchaba a brazo partido con los traidores que ya abiertamente le amenazaban. Por fin llegó la hora, y las ciudades y esfuerzos de catorce años quedaron perdidos.»

«Groninga, capital de Frisia, cayó en poder de los holandeses, guiados por Mauricio de Nassau, en 22 de Julio de 1594, redondeando así el territorio de las siete Provincias unidas que hoy constituyen el reino de Holanda. El golpe, efectivamente, fué desastroso para el nombre y el poderío español; pero quien desde 1568 venga leyendo atentamente y penetrándose de los tortuosos giros, de las increíbles peripecias, de las pasmosas vicisitudes que embrollan nuestras guerras en los Países Bajos, no tardará en absolver al férreo soldado y a la vez flexible político, que a la sazón, por desdicha suya, gobernaba aquella inquieta y desapacible comarca, la más extrema y septentrional de Holanda, a la derecha de nuestro inmenso frente de operaciones, siempre cortada, abandonada y desatendida.»

Para juzgar los aciertos y desaciertos de España en

aquellos tiempos y en aquellos lugares, no basta la fría imparcialidad con que siempre se debe proceder a todo estudio histórico; es indispensable redoblar la atención y contraer violentamente el espíritu para que pase repetidamente de los pormenores al conjunto, y de éste a aquéllos: único y fatigoso modo de ir abriendo laborioso camino a la verdad. En este trance concreto de Verdugo, el ejemplo es patente. Al decir que Groninga era fortísima plaza de guerra, cualquiera presume, por las nociones y costumbres de hoy, que su gobernador residiría y mandaría en ella, al frente de guarnición proporcional, más o menos numerosa, en posesión de derechos militares hoy universalmente reconocidos, y, en fin, que al ser sitiada por el rebelde Mauricio, ese mismo gobernador sería el jefe y director de la defensa. Pues, nada de eso. Por una de tantas singularidades, el vecindario o burguesía de Groninga no consintió jamás, ni aun apretado ya el cerco, que entrasen tropas del ejército dentro del recinto fortificado; escasamente podía alojarse en los arrabales la pequeña escolta o comitiva del gobernador. Por este simple rasgo, común a otras ciudades de los Países Bajos, puede deducirse la verdad que encierran los amargos lamentos de Verdugo.

Gobernador de Luxemburgo.

Corroboróse que a Francisco Verdugo le estaba reservada una corona asaz espinosa en Frisia. Si grande y áspera odisea hubo de soportar durante la época del Príncipe de Parma, el Archiduque su sucesor lo superó en el mal trato, porque no perdonó que a todo un Regente, más aún, a él, a Ernesto de Austria, se le amotinaran tropas desplazadas de Frisia. ¿Acaso aquéllas no eran residuos, despojos, detritus más bien de las que rebeladas en Flandes fueron materialmente lanzadas y casi confinadas a la Frisia?

Los propios rivales de Francisco Verdugo en el Consejo de Estado, e incluso los mismos adversarios con quienes contendía en campaña, noblemente evidenciaron que ya en las postrimerías de la regencia de Alejandro Farnesio tomaron carta de naturaleza el motín y la rebelión, y que si el motín de Sichem-lez-Diest, en Brabante, tuvo su «segundo origen» en Frisia, todos, dentro de la imparcial crítica histórica, subrayan que a Frisia se enviaron tropas muy maleadas y que «en Frisia era donde la guerra proseguía con mayores trabajos y miserias que en Flandes; y como la desatención por parte del gobierno en Bruselas fuese mayor, sostenía el esforzado y valeroso Maestre de Campo General Francisco Verdugo el peso de las armas con harta pena y abnegación.»

Sí, Ernesto de Austria fué más allá que su antecesor Alejandro Farnesio para con el fidelísimo Gobernador de Frisia. El Archiduque, «hombre que no era bueno ni para la guerra ni para la paz», y que lejos de ser útil a Felipe II «hirió de muerte a la dominación española en los Países Bajos», excedióse en infligir un máximo acibarado vivir al benemérito y venerable Francisco Verdugo; hasta dar cima a la degradante amenaza de desposeerle de mando de tropas.....

Este proceder no deja de causar efecto en los Estados, donde, a pesar de la lógica exasperación por la guerra, goza

de deferente reputación y aprecio el afamado Coronel, al par que Ernesto de Austria cosecha el fruto de sus simulados sentimientos para con la nobleza y burguesía flamenca.

Bien cortadas plumas extranjeras, no ya españolas, al emitir juicio acerca de uno y otro, convergen en sus apreciaciones, nada gratas para con el Regente de Flandes mientras no escatiman elogios con relación al Gobernador General de Frisia. Y en idioma italiano se lee que en Flandes «aumentó Ernesto los desórdenes destituyendo a Verdugo que era un oficial tan bravo como experimentado al confiar la dirección de sus tropas leales a D. Luis Velasco, que tampoco pudo impedir que los rebeldes o sublevados pasaran a los confederados»; frases sólida y robustamente confirmadas en lengua flamenca al decir que «el Archiduque vino a turbar más los ánimos con el nombramiento de Luis de Velasco para el mando de los tercios leales, en sustitución de Verdugo que lo ejercía con gran pericia y patriotismo, y aunque el nuevo jefe obró enérgicamente, sus medidas para sofocar el avance de los insurrectos fracasaron por completo».

¡Y en qué ocasión providencia así el Archiduque contra Francisco Verdugo! Cuando no se reduce solamente al Gobierno de los Países Bajos a lo que ha de atenderse, por ser simultánea la guerra con los Estados de Flandes, Francia e Inglaterra, y más se precisa de una política de alta atracción, opuesta a recrudecimientos y más se carece de tropas que ofrezcan amplias garantías de sobriedad y lealtad! Pero consumóse el sacrificio; y en Oldenzaal, sólo con unos cuantos soldados españoles y con ellos su aventajado discípulo e invencible capitán de lanzas Alonso Mendo de Solís, hijo de Trillo (Guadalajara) podemos encontrar al Coronel-General Francisco Verdugo; torturando su alma, más que la execrable determinación adoptada contra él por el Regente, el recuerdo de la traición de Groninga y el que como término de tantos años de estólidas desatenciones e inconmensurables luchas, siempre frente a fuerzas muy poderosas por su homogeneidad, dotaciones y bastimentos, cual las orangistas, halla logrado su quimérica ambición Guillermo Luis de Nassau: verse ¡al fin! Gobernador de la capital de Frisia.

Tampoco de sus miras cede el Príncipe de Orange. Al conocer que Francisco Verdugo baja hasta Groenlo, resuelve poner cerco a la plaza pronto a atajar toda posible retirada al indefenso toledano y cogerle prisionero; sin embargo, «pensándolo mejor, o para ayudar a Enrique IV, lo dejó para más adelante y dislocó su ejército en guarniciones». Francisco Verdugo, en cambio, nada tenía que dislocar y se retira al Condado de Lingen. Precisamente a aquel Condado que al Rey-Emperador de España Carlos I vendió en pasados años el Príncipe de Orange.

Más fácil es que remita el febricitante ánimo del Regente que el pundonoroso Francisco Verdugo dócilmente admita el valladar de la resignación en tan malhadados instantes. No sabe esperar, y es de suponer que el lapso no alcance gran volumen ya que Ernesto de Austria, dúctil juguete de galanteadoras y privados, «se ha dado con tanto exceso a gozar de la vida». La férrea voluntad de Francisco Verdugo decae ante el temor de no permitirle sus afecciones físicas disfrutar de la retractación del Archiduque o de no contar con plazo suficiente para redactar su «Comentario»: la reivindicación que en justicia merecen sus servicios de buen capitán.

Es ahora, en señalada efeméride, cuando confirma Francisco Verdugo no haber olvidado el idioma patrio y que, a fuer de soldado español, sabe usar de la pluma con tan igual destreza y autoridad que de la espada. Es en aquel entonces que su mente estimula la imagen fiel de férvidos anhelos por ganar lauros inmarcesibles para su Madre Patria España, que hasta el forzado apartamiento allegan noticiosos amigos que voluntaria y cariñosamente se sumarón a la suerte del honorable toledano. El desdichado Archiduque Ernesto de Austria, Virrey de Flandes y sobrino de su Rey, ha muerto en Bruselas (20-Febrero-1595). Acércase, pues, el momento en que Francisco Verdugo renacerá a las actividades y merecimientos a que siempre hízose acreedor. Se han vuelto las tornas.

El Conde de Mansfeld continúa «en la frontera francesa con el núcleo de los Tercios españoles». La Regencia y el

Gobierno de Flandes lo arroga el hijo del tercer Conde de Alba: Pedro Enríquez de Azevedo, Conde de Fuentes de Val de Opero, quien cuenta con la decisión y fidelidad de muy devotísimos soldados; dos de ellos los coroneles Cristóbal Mondragón y Francisco Verdugo, únicas preseas militares que sobreviven al sinnúmero de varoniles juventudes reclutadas en España para las guerras de Francia y de Flandes por los días en que el Rey Felipe II era Príncipe de Asturias.

No hay que perder tiempo. Es preciso poner en jaque a un triple enemigo y urgentísimo el impedir que Enrique IV de Francia corte la línea de comunicación que, a través de Luxemburgo, Lorena y Borgoña, enlaza a Italia con los Países Bajos. Y Pedro Enríquez de Azevedo saca a Francisco Verdugo de los linderos frisones y al heroico toledano confía la defensa y el Gobierno de Luxemburgo. El otro benemérito coronel, Cristóbal Mondragón, continuará de Castellano en Amberes.

Con tan buenos y eficaces colaboradores, haciendo caso omiso del centralismo político de Madrid, y con su carácter severo e inflexible, el Conde Fuentes restablece la disciplina y, luego de reunir algunos subsidios, engrosa su ejército con walones, suizos, italianos y alemanes, entre cuya heterogeneidad interpola un tercio de españoles.

Ya se dispone de elementos, si bien no en el grado que imponen las circunstancias. Las tropas son distribuídas en varios cuerpos. ¿Mas será posible contener la avalancha y detener la marcha con que velozmente sigue hacia el ocaso el honor de España en Flandes?

Por lo pronto, la misión conferida a Francisco Verdugo ha alcanzado feliz y franca acogida; que en la tierra donde eligió la compañera de su hogar, la ejemplar dama que con el esposo compartió penalidades y azaroso transcurrir por la comarca frisona, goza nuestro compatriota fidelidades y amores para la Nación que era Soberana y legisladora del Orbe.

No pueden reflejar mayor opugnación las memorias referentes a la árida y pantanosa Frisia y la especial psicología

del antiguo frisón, parangonadas con las del suelo sobre que, desde la austera y frondosa Ardenne al pintoresco y ubérrimo Bon Pays y la bellísima zona de Muberthal, enmarcando el Macizo de Ernz, se extiende todo un encantador compendio de nueva Suiza transplantada al Gran Ducado de Luxemburgo que pueblan laboriosidades y noblezas de espíritu. No es de extrañar que nuestros hazañosos capitanes y soldados que en la magna epopeya de Flandes templaron su pecho, con la sencillez y veracidad del español que sabe ofrendar su vida en holocausto de su Patria, guardaran desagradables recuerdos del pretérito vivir en Frisia y rememoraran con singular cariño los días de su estancia en la adoptiva patria de Francisco Verdugo.

El toledano Sargento Mayor Alonso Vázquez, al historiar los «Sucesos de Flandes y Francia», dejó escrito, refiriéndose a Luxemburgo, que «su nobleza es grande y han sido sus moradores los más leales a su Príncipe que hay en todos aquellos países; que cría muy belicosos soldados y que la religión cristiana está más arraigada allí que en las demás provincias flamencas».

Pues bien, ya está Francisco Verdugo en su muy amada Patria adoptiva. ¡Qué de evocaciones se le acumulan! No es ya él el fornido y gallardo mancebo que a orillas de rientes aguas blandiera ágilmente sus aceros forjados en las márgenes del Tajo, en reñidas y caballerosas lides por su honor y por las damas..... Vuelve a su bendito lar de Luxemburgo casi al finalizar de su vida terrena, y aun esclavo de aquel apoderamiento de espíritu de haberse visto «desoído en Bruselas, combatido encubiertamente, vendido por las autoridades»..... ¡Cuán infructuoso todo su pasado de asombrosos triunfos!

Pero, ¡albricias! Amanece para Francisco Verdugo su tan anhelado día en el acogedor ducado de Luxemburgo.

Bajo el mando y guía del ínclito toledano-luxemburgués, ha puesto el Conde de Fuentes 6.000 hombres y 500 caballos.

Enrique de la Torre d'Auvergne, Duque de Buillón y Gran Mariscal de Francia, que por su segundo matrimonio ha entroncado con la esclarecida estirpe del Príncipe de

Orange, con la cooperación de éste, ha salvado las fronteras de Luxemburgo resuelto a invadir y conquistar el Ducado siempre fiel a España; y Francisco Verdugo, olvidando dolores, desechando congojas, volviendo a sus férreas energías y por los fueros de su Madre Patria y su Patria adoptiva, apréstase contra el Duque de Bouillón, y le vence, y le obliga a devolver las plazas y castillos que había arrebatado, y a emprender vergonzosa huída camino de Francia, y le persigue hasta las mismas puertas de Sedan. Y con sus enardecidos walones continúa limpiando de franceses el Luxemburgo, llegando a Valenciennes y al campo de Cambray para, tras un alto en Iwuy (15-Junio-1595), volver inopinadamente con briosas acometidas contra las reservas orangistas que el de Bouillón dejó desamparadas, y hacia Holanda huyen también las huestes de Nassau, y en los campos quedan imborrables huellas de terrores y del cuchillo, la pica y el hacha de los triunfadores soldados que hienden los aires con clamorosos «víctores al bravo general español-luxemburgués Francisco Verdugo».

Y con esta victoria regresa a su casa de Luxemburgo Francisco Verdugo; y esta «última gloriosa campaña del célebre español» es áureo broche que cierra el libro de la personalidad del ínclito toledano que supo esmaltar los anales de España y Luxemburgo con arrobadoras abnegaciones, acrisoladas fidelidades y culminantes sacrificios y fué postrer destello del alma de España en los Países Bajos.

En Flandes se ha puesto el sol.

A la Guerra con Francia ha de atenderla, también con preferencia, el Conde de Fuentes, dejando fiada la defensa de los Países Bajos a los esfuerzos de los aguerridos y veteranos generales Verdugo y Mondragón. Todo también irá por la borda en pocos meses.

Cuando el sitio de Chatelet, ya el capitán-ayudante de Fuentes, Francisco Pelegrín, ha encontrado casi sin vida a Francisco Verdugo en su palacio de Luxemburgo. No más de seis semanas sobrevive a tan aventajado discípulo su maestro el Coronel Cristóbal Mondragón y una orden del Rey obliga al Conde de Fuentes a personarse en España urgentemente.

La augusta llamada no implica destitución. Felipe II conoce y estima en todo su valor los méritos de Enríquez de Acevedo; tanto, que le crea Capitán General de los Ejércitos Españoles, siendo el primero que ostentará esa elevada jerarquía militar en España. Es que el soberano tiene designado sucesor del Archiduque Ernesto. Otro sobrino, el Archiduque Alberto, Cardenal-Arzobispo de Toledo, bajo cuyo pontificado ha sido colocada la primera piedra de la Capilla del Sagrario en la Catedral toledana y ha salido por primera vez a recibir el fervoroso homenaje de la fe y de la admiración del pueblo, a través de las entoldadas callejas de la Ciudad Imperial, la primorosísima Custodia de la sublime Iglesia Primada de España.

¿Qué nos quedará por ver, desaparecidos los denodados paladines de la virilidad y la lealtad españolas en los Estados de Flandes?

En el nuevo Regente han de convergir las virtudes y el valor militar con la prudencia y el acierto del hombre de Estado. A las ventajas logradas en su virreinato de Portugal enlazará triunfos sobre los campos de Francia si se le asiste

con subsidios y hábiles y diligentes generales de la calidad que culminaron Fuentes, Mondragón y Verdugo; y, de haber podido estar en Bruselas antes que el Duque de Alba, hubiera conseguido más favorables resultados por las «Tierras Baxas» en que acaba de sentar sus reales. (20-Febrero-1596.)

De seguir en pos del futuro de España en los Países Bajos, viveremos los días en que Alberto de Austria, con Ambrosio Spínola, da cima al pensamiento de hechar puentes sobre el Rhin y llevar el ejército a Frisia (16-Agosto-1605); conoceremos que el Cardenal-Archiduque cede de su estado sacerdotal por el de matrimonio con su prima Isabel Clara Eugenia, «la plus belle Princesse de l'Europe, et mieux encore: elle offrit aux peuples le spectacle d' une extraoirdanaire beauté morale»; veremos a los dos cónyuges, ya Soberanos propios de los Estados, entrar en Bruselas con acogedoras aclamaciones del sentir flamenco. Tardía y gravosa abdicación del previsor Monarca español, quien muere cuando la ingente labor diplomática y bélica de Alberto en Francia se ve anulada por las conquistas que durante su ausencia ha realizado Mauricio de Nassau; hasta quedar extinguido el poderío de España sobre plazas bañadas por el Rhin (13-Septiembre-1599).

No pretendamos hallar afectos fuera de las comarcas que hoy constituyen el modelo de Estado industrial y el más poblado de los de Europa: el Reino de Bélgica, y el Estado siempre fiel a España y relicario de la neutralidad bienhechora: el Gran Ducado de Luxemburgo. Ha de continuar España midiendo sus armas por tierras de Francia, de Inglaterra y Países Bajos y extender su colosal tarea de quebrantar flotas inglesas y neerlandesas incluso en aguas de España y de América.

El lapso de dos lustros que se abre en los Países Bajos por estenuación de los bandos beligerantes, que ya son verdaderos espectros los sufridos soldados realistas y orangistas, lo cierra la depresiva «Tregua de los doce años», consolidadora de la Independencia de Holanda y patentizadora de la esterilidad de los sacrificios de España en sangre y oro.

Se ha pactado con Inglaterra estando la Reina Isabel convencida de que aún en la agonía de su vida esplendorosa es grande el alma de España. Se pacta con Francia, cuando aquello de que «París bien valía una misa». ¡Cómo no firmar con el Príncipe de Orange en La Haya!

Ha retrocedido España dos siglos. Al igual que en los tiempos de «El Doliente» Enrique III se pide ahora para «El Precario» Felipe III. Queda para colofón del bochornoso tratado la tríplice formada por muy próximas fechas: fallecimiento del Rey, término de la «Tregua», muerte del Virrey. (31-Marzo-9 y 13-Julio-1621). Y no hay que desesperanzar. Adentrándonos en la Historia podremos eslabonar otros célebres convenios; que no ha sonado la hora de cesar España en el dispendio de hombres y tesoros a cambio de infructuosidades sin cuento, ni ha acabado el desfilar de próceres de la causa de España en Flandes; los más de ellos enlazados al vivir de Toledo.

Mas si nada resta de las actividades desarrolladas por el Virrey Alberto de Austria en Flandes y Francia, aquí, en el corazón de nuestra amada Patria España, avalorando el Museo del Prado, podemos admirar un algo de las muchas y ponderadamente desplegadas por su viuda la magnífica Isabel Clara Eugenia, quien en tan duros días para el Gobierno de España supo merecer la gratitud del pueblo flamenco y la reverencia del contrario.

De aquellos difíciles días evócase la victoria alcanzada por España sobre Francia en la batalla de Fleurus; que en aquel triunfo inspiróse el florentino Vicente Carducci para plasmar el encantador momento de llevar Isabel Clara Eugenia «los heridos de ambos ejércitos a Bruselas, donde el ejemplo de su solicitud y caridad contagia a la nobleza femenina, que transforma los palacios en hospitales y se convierte, bajo su dirección, en una legión de ángeles y apóstoles, logrando no pocas conversiones». (29-Agosto-1622).

Y la «Rendición de Breda» (5-Junio-1626), no ordenada por el Rey Felipe IV, sino exclusiva idea de Isabel y de Spínola y causa de la pesadumbre y de la muerte de Mauricio de Nassau y gesta inmortalizada por la brillante paleta

de nuestro gran Diego Velázquez, es lauro de la amplia participación de la digna homónima de Santa Isabel de España, perpetuada por los mágicos pinceles del flamenco Pedro Snayers con la llegada de la Infanta a los reales del ejército sitiador, que acude presuroso a tributarla, chambergos en mano y entre honores de trompetería, el último homenaje de gloria que le estaba reservado en la tierra a tan española y esclarecida dama, Mecenas del Arte, lazo de unión entre Rubens y Velázquez y prudente y sabia Gobernadora, grande hasta en el morir, pues «la mort a servy de miroir de sa víe, que vous scavez avoir été pleine de piété et d'autres vertus incomparables qui la redront chery et respectée par tout le monde». (1-Diciembre-1633).

Nuevo Virrey entra en Bruselas. Viene a suceder a la llorada Infanta Isabel Clara Eugenia otro egregio purpurado de Toledo, varón de belicoso genio y levantado ánimo que suma excelentes condiciones de gobernante: el Cardenal-Infante Fernando Enrique de Austria. He aquí al clérigo a favor de quien años antes interesara la experta y bondadosísima Isabel Clara Eugenia del Rey Felipe IV que le mandase a su hermano «quitar los hábitos, porque son muy embarazosas las faldas largas para la guerra y para todo». Y es por los días del Gobierno del Cardenal-Infante Fernando, quien como en Italia y en Cataluña sabe triunfar en Nördlingen, que la Iglesia Primada de España celebra con procesión, Te Deum y sermón tan asombrosa victoria de las armas españolas. (6-Septiembre-1634). En doble lucha, sostenida contra franceses y holandeses, hace esfuerzos supremos de abnegación y de valor el toledano Cardenal. Con su muerte «perdió España una de sus esperanzas y una de sus glorias en los días en que más necesitada se hallaba de caudillos expertos»; y es de sentir el no haberse respetado la cláusula testamentaria por la que Fernando encarecía que fuese su cuerpo transportado a España y sepultado en la Capilla del Sagrario de la Catedral de Toledo y no en el Panteón del Escorial cual Infante. (9-Noviembre-1641).

Ahora salgamos al paso de un historiógrafo *lapsus cálami.* Entre los cuatro caudillos, que casi haciendo el servicio por

semanas guían las huestes realistas, no podemos encontrar al heroico toledano que tanto luchara en Frisia al frente de sus walones. No ha de confundírsele con su hijo, «el Coronel Guillermo Verdugo, que al frente de sus walones pelea triunfante». Francisco Verdugo no disfrutó la longevidad alcanzada por Mondragón, Mansfeld y Azevedo. No puede hallársele al lado del historiador-poeta Gobernador de Flandes Francisco Manuel de Melo, que se pseudonimara «Clemente Libertino»; ni alternando con el inquieto genovés Ambrosio Spínola, el discutido Conde Enrique Van den Bergh, el placiente marqués de Santa Cruz, el maquiavélico Enrique de Borbón..... No, El Capitán General de Frisia, que abnegado y conocedor del psicólogo ser del holandés y el belga recomendó mil veces acertadas orientaciones y en los Países Bajos luchó desatendido y olvidado, hace ya años que al cielo elevó su espíritu y a Luxemburgo cedió aquel su corazón que tanto latiera en honor a España y a su adoptiva patria chica. La muerte, más piadosa que la ambición del poderoso, lo evitó mayores acatamientos a que en humillantes días hubo de someterse su subordinación.

A Francisco Verdugo no llega en la tierra el día de la pérdida de los estados de Flandes.

¡Cesad en vuestros cantos, épicos troveros, que España llega al temido ocaso que tan leal soldado toledano avizorara!

Hasta aquellos Estados donde gloriosas páginas escribieron millares de hombres, unos en defensa del preciado lábaro español, otros en pro de la anhelada patria independencia, aún veremos arribar paladines próceres con ansias de reverdecer pasadas edades y hacerse dignos émulos de pretéritos gobernadores. El enrarecido ambiente político de Europa impone a España la prosecución de la Historia.

Un lustro nos separa del día en que ha muerto el Cardenal-Infante y el en que la Catedral Primada de España conmemora la conquista de Toledo por Alfonso VI, y redoblar de atambores, estridencias de arcabucería, voltear de campanas y frenéticos vítores, acusan la entrada en Bruselas de nuevo Virrey, también Archiduque: Leopoldo Guillermo,

que procura acreditarse; que consigue granjearse el amor de Flandes; que hace traer prisionero al Alcázar de Toledo al Duque Carlos de Lorena (1654); pero que carece de caudillos y de recursos, teniendo sobre sí la responsabilidad del ejército de Flandes, Francia, Inglaterra, Nápoles.....

Dos años más y, seguida y obligadamente, en reemplazo del Archiduque austriaco, y repitiéndose el júbilo en Bruselas, veremos entrar a otro augusto Regente, homónimo del vencedor en Lepanto y General de bien probado valor que se precia de toledano por el sentido recuerdo que profesa a Ocaña, su para él segunda patria nativa, y a Consuegra, su sede de Gran Prior de la Orden de San Juan de Jerusalén, y a Toledo, vergel de la primavera de su vida, y por sus férvidas devociones a la Virgen del Valle, cuya ermita reedifica ejerciendo dignidad de Arcediano.

Veremos cómo con su personal prestigio álzase Juan José de Austria sobre su inmediato antecesor, inaugurando su mando con la victoria de Valenciennes; la postrera que en esta guerra culmina el majestuoso y envidiado lábaro español. (16-Julio-1656).

Después..... la triste realidad a que conduce «la política influyendo decididamente en la guerra», haciéndola «esclava de la administración interior» con supino «desconocimiento, por parte del Gobierno Central, del verdadero estado de las cosas.....

Criticamos hoy la conducta de los generales y soldados....,

¡La acción de las mismas causas producen iguales efectos!

Exclamemos con el poeta: «¡EN FLANDES SE HA PUESTO EL SOL!»

Häuser Mansfeld ñ Verdugo.

La Historia de la Alta Sajonia nos habla del condado que conserva roquero castillo de una serie de próceres que, hasta su extinción en las postrimerías del siglo XVIII, labraron brillantemente páginas al correr de siete centurias.

Sucesivos matrimonios robustecen el fructífero árbol familiar del Conde Ernesto de Mansfeld, fundador de la rama y baronía belga Heldrungen, y quien en Dorothea, Condesa de Solms, tiene al segundón Pierre Ernesto que luego hereda el título. Entra en escena el varón destinado a ser padre político del toledano-luxemburgués Francisco Verdugo.

Pedro Ernesto de Mansfeld, «ecuyer tranchant» de Carlos I de España, sabe captarse el favor del Rey-Emperador hasta verse elevado al rango de General de tropas españolas y Gobernador de Luxemburgo (1545). Gran équite. El y el Conde de Egmont son alma de los torneos en Bruselas e interpolado con la nobleza belga y engarza consorcios que enlazan la Casa de Mansfeld con las que más destacados factores representaran en los Países Bajos durante la soberanía de España. Empero sabe asimismo apartarse de la causa que sus allegados abrazan y persevera fiel a España y a su Rey. Y nimbado con la aureola de acompañar al César Español en Túnez y Landrecíes, y a ruegos maternales, cede en sus escarceos de hombre mozo; y es en Bruselas donde hace un matrimonio altamente ventajoso. Carlos I lo proteje y ensalza nombrando a Mansfeld Caballero del Toisón de Oro (Utrech-1546) y «elle lui apporte en dot une grande fortune..... bientot disipée»; hasta verse en pleno capítulo de la Orden «réprimendé, pour avoir injurié un officier du justice du grand conseil de Malines et un bourgeois de Bruxelles qui lui reclamaient le payemen de quelques dattes». (Gand-1-Agosto-1558).

A nuevos consorcios nuevas augustas mercedes. Felipe II confirma a Mansfeld en los cargos de Gobernador y Capitán General del Ducado de Luxemburgo y del Condado de Chimay. No importa. Gusta de permanecer en Bruselas, en su hotel de los Laines. De ahí la carta del Cardenal Granvela advirtiendo que «depuis trois ans, Mansfelt n'a pas passé deux mois dans le Luxembourg» (12-Octubre-1562). Cuando en Luxemburgo se le encuentra ya es un inválido Mansfeld; ha un año perdió el brazo derecho en Montcourt (1570).

¡Ah! El Rey Nuestro Señor Don Phelipe el segundo ha creado Príncipe al Conde Pedro Ernesto de Mansfeld. Y cunden los panegíricos con asomos de escabrosidades difíciles de sortear, que retratan al suegro de Francisco Verdugo muy enamorado y prolífico prócer, y, al ritmo de un mundanal fastuoso, jalonan el pasar de fémino cortejo realzado por señorial continente: Margarita de Brederode, «beau fille der Barón Renate III»; Petronila de Nieuw, «dame de noble lignage»; María de Montmorency, «Comtesse veuve de Lalaing»; Ana de Bentzrath, «d'une petite noblesse du Luzembourg».

Siguen las firmas y son los propios biógrafos de Mansfeld-Verdugo quienes haciendo abstracción, de momento, de los varones y una de las tres damitas cuya paternidad a Mansfeld se le asigna: Polysina, mujer de Palamedes de Chalons, hijo del Príncipe de Orange Guillermo «el Taciturno», hacen flotar estas interrogantes: ¿Pedro Ernesto de Mansfeld, en honor a su madre, adopta para dos de sus hijas el nombre de Dorothea? ¿Acaso existieron, «no contemporáneas entre sí», dos nietas homónimas de la abuela paterna Condesa Dorothea de Solms?

Afirman unos, ser la esposa del toledano-luxemburgués «Dorothée, fille del Comte de Mansfelt et Petronile de Nieuw». Otros, que «Francois de Verdugo avait éposé Dorothée de Mansfelt, fille du Prince Pierre Ernest de Mansfelt et de Marie de Montmorency». Lo asevera la «Biographie Luxembourgeoise», señalando al consorcio Mansfeld-Montmorency hasta siete retoños; el segundo, «Dorothéa Reichsgräf von Mansfelt, vermählt 1578 au Don (sic) Francisco Verdugo». Y en tanto el historiador luxemburgués Doctor

Augusto Neyen protesta contra «les auteurs qu'ont prétendu qu'elle Dorothée, était énfant illegitime», y rompe lanzas proclamando: «nous avons en main des preuves pérentoires pour établir qu'elle etait née du mariage de son pére avec Marie de Montmorency», la «Biographie Nationale» de Bélgica asegura que «le Prince Pierre Ernest de Mansfelt, de Marie de Montmorency, il eut trois graçons qui, sans posterite, précedérent leur pére dans la tombe»; y el general e historiador belga Pablo Henrard, al margen de tal aserto, coloca esta piadosa apostilla: «En revanche, de ses bâtards, quelques-uns lui servécurent, entre autres Dorothée, qui épousa Francois Verdugo, un des meilleurs liutenants du Prince de Parme et qui fu gouverneur de la Frise».

La resultante es que ya nacida de Petronila de Niew, ya de María de Montmorency, al fin, con hija del Conde-Príncipe de Mansfeld consorcia Francisco Verdugo. ¿Mozo o reincidente por ese entonces? No nos interesa. Y es de aceptarse el año 1560 como de nacimiento de Dorotea de Mansfeld y no otro más anterior, que tampoco ello es de importancia, ya que en la parte inferior y al dorso de fotografías de nuestro compatricio aparecen sendas anotaciones que transcritas dicen: «Verdugo Franciscus, Gouverneur van Gelderlant, Wrieslandt en Groeningen, Wegens de Koning van Spagne», y «Don Francisco de Verdugo, geb. 1531 zu Talavere (bei Toledo) in Castilien, gest 1595 (zu Luxembourg in Kloster zum heiligen Geis begraben) Kömigl, Spanicher, Almiral, Feldmarschall u Gouverneur von Harlem, Friesland, Ober-Yssel, etc. (vermählt 1578 mit Dorothea geboren Reichsgräfin von Mansfelt, geboren 1560, gest 1585 zu Leuwarden».

En sí todas las biografías relacionadas con Francisco Verdugo son de estimar en alto grado. Están propulsadas por elogiable evocación de pretéritas grandezas patrias; mas dejan de coincidir respecto a la descendencia. Todas acusan un mayor número del que se desprende por la lectura del «Comentario». Recuérdese que en este monumento histórico-literario, al tratar Francisco Verdugo de su odisea rumbo a Frisia, expresa que al drosarte de Lingen deja en prendas

de un anticipo de pólvora a su esposa y dos hijas que le acompañan (1582). Años después queda viudo. Dorotea de Mansfeld ha fallecido en Leuwarden al dar vida a otra hija (1586). De aquí en adelante y al unísono de su anterior vivir, no hay medio fehaciente de conocer el estado civil del toledano-luxemburgués. Naufragamos en el bucear entre viejos papeles. Inclusive «les actes de mariage de Dorothée de Mansfeld et de Francois de Verdugo no se trouven pas a Luxembourg. Aucum historieur luxembourgeoise n'a connú cet actes». No obstante defiende un cronista que «Francisco Verdugo tuvo un hijo llamado Guillermo y dos hijas que se casaron muy bien». Será preciso hallar la media aritmética al ver que la Biographie Luxembourgeoisê le asigna hasta siete vástagos y que otro escritor manifiesta que «Francois de Verdugo a eu quatre enfants, trois fils et une fille. L'ainé, mort en naissant, n'a pas recú nom: Guillaume, Francois et Philibert-Walburg».

La macabra circunstancia confírmanla dos lápidas en las que puede leerse: «D. O. M. T. E. V.—Que die primae lucen vidi, ablutus Baptismate ad coelestem redii originem 17 augusti 1586.—Franciscus de Verdugo et Dorothea de Mansfeld parentes posuere». A ello agrega el Dr. Neyen: «La fille Philiberta ou Walburge naquit a Leuwarden, in Frisiæ. Sa mére est morte en lui donnant le jour, comme il resulte de l'epitaphe de Philiberte, qui, a son tour, n'a atteint que l'áge de deux ans. Elle fut inhumé a coté de son frere, ainé, et a obtenu l'inscription tumulaire que nous repetons ici:

«Hoc tumulo tegitur et púdica Philiberta de Verdugo, quæ XVI Octobris, anno 1587, naturæ debitum selvit, cujus anima requiescat in pace:

D. O. M.

Frise me donne le jour, et la mort a ma mére,
De la vie je vins ici acompagner mon frére
Walbourg fue nommée a la sainte Fontaine,
Passant tu veis en nous ce que c'est la vie humaine.
L'an 1587 le 16 octobre. F. M. B.

Así la insistencia de Neyen: «Nous pensons qu'il est inutile de relever les deux erroures; aun sujet de la legimité

de l'épouse de Verdugo et de celle de son fils ainé. Nous avons dejá di un mot sur la primiere, et l'inscription tumulaire du second, que nous avons rapportée detruit la second».

Ahora, compulsando y engarzando notas y a la vista de la «Familientafel der Häuser Mansfelt ü Verdugo», sin detenernos en averiguar si con anterioridad o posteriormente a sus nupcias con Dorotea viviera otros hogares, y guiados por engendrar un motivo que sirva de estímulo, volvamos hacia el geneásico piélago referente a la descendencia de Francisco Verdugo, a quien se le considera patriarca de ilustres anales cuya primera página llenan sus hijos:

Guillermo de Verdugo, Conde Imperial en Bohemia y General Gobernador de Troppau, que decide al frente de aguerridos walones la victoria de Wanden-Berghe (1620) casado con Sabina-Lucrecia, Baronesa de Minchswuitz-Burg; Francisco, también Conde Imperial, Consejero de Guerra y General del Ejército Español, marido de Ana María Condesa de Vagarola; Margarita, mujer del noble caballero Antonio de Meneses Padilla; Isabel, esposa del Comendador de Santiago y Alcaide de la Casa Real de Valencia, Francisco Juan de Torres y Filiberta Walburga, nacida en Leuwarden y muerta en Luxemburgo (1586-87).

Item; adentrando en el archivo del talabricense monasterio de Religiosas Agustinas, hallamos que la Priora M. Montoya escribe este encomiástico párrafo: «Magdalena, Dorotea, Ana y Catalina Verdugo: Cuatro hijas del Coronel Verdugo, de las cuales dicen las «Memorias» que fueron cuatro rosas en un ramillete, que todas dieron olor de santidad en la Santa Casa de Dios, y con su fragancia volaron al cielo». Con la circunstancia de que a las agustinas hijas del Francisco Verdugo, concede el espléndido mecenas y Cardenal-Arzobispo de Toledo Sandoval y Roxas, dispensas que también disfrutaran Miguel de Cervantes y Félix Lope de Vega Carpio, en gracia a las trinitarias Sor Isabel de Saavedra y Sor Marcela de San Félix. No se precisaron para profesión actas de bautismo ni de confirmación.

Y encuéntrase la netezuela ramificación de Francisco

Verdugo con el hijo de su primogénito Guillermo Verdugo y Sabina Lucrecia, nombrado como su abuelo: Francisco y bravo capitán de caballería († 1630).

Y, consecuentemente, es Fernando Juan Antonio, fruto de Francisco y Ana María Vagarola y segundo y último nieto, el iniciador de biznieta generación por su matrimonio con Maximiliana von Kolovrat, al nacer Francisco Julio (1661-1712), quien con su mujer Juana Francisca Isabel, Baronesa de Paolowsky, consigue conservar el apellido en Juan Leopoldo Verdugo, padre, con Ana María von Lohenholen, de Francisco Carlos Guillermo Verdugo (1737-57); y es una de las tataranietas: María Francisca Verdugo, Condesa de Lavalette (1713-54) madre de Carlos de Claux (1748-21); y aun mediado el siglo XIX, encontramos en Breslau un descendiente del General Gobernador de Frisia, Francisco Verdugo, como tataranieto de María Francisca Verdugo y Antonio de Claux, Conde de Lavalette: al Capitán del Regimiento de Infatería núm. 61, Segismundo-Guillermo-Eduardo von Fenrentheil van Gruppemberg.

Monumentos a Verdugo.

Los Anales de la Conquista de Méjico recuerdan que durante los rudos combates librados por la parte del Chalco, donde ofreció peligro la vida de Hernán Cortés, distinguiéndose con otros capitanes Francisco Verdugo (5-Abril-1521). Pero no permiten que este capitán del Marqués del Valle de Oaxaca, proveedor de la artillería y leal auxiliar del Comendador Mayor de Alcántara, Pedro de la Cueva (1542), venido del Reino de Toledo, fuere el progenitor de su homónimo el Capitán General de Frisia.

Conocimos por Carlos Coloma que «fué el Coronel Francisco Verdugo natural de la villa de Talavera de la Reina, hijo de padres nobles, aunque tan pobre que, en llegando a diez y nueve años con las primeras caxas que se tocaron en su patria, asentó su plaza, etc.» Ello nos guía hacia la «ciudad-tesoro de la reina de las ermitas.» ¡Frustrado empeño! Tan sólo aparece lo escrito por el clásico Coloma, al decir la «Historia de Talavera de la Reina», que «Francisco Verdugo, una de las figuras más sobresalientes de nuestro pueblo, nació en Talavera de la Reina el año 1537.» Y añade: «Nada absolutamente se sabe de sus padres y ascendientes; falleció a 22 de Septiembre de 1595.»

Esta fecha de 1537 guarda relación con la citada en el «Comentario» de Francisco Verdugo, al asegurar Alfonso Velázquez de Velasco, «su familiar servidor», que el Coronel «dió fin a los trabajos de la vida, año de 1597, y de su edad 61.» Sin embargo, salen al paso de nuestra búsqueda elementos que aconsejan deshechar las datas con que se señalan el venir al mundo y el desaparecer de él Francisco Verdugo.

Las «Publications Archeológiques du Luxembourg», idénticamente que la «Familientafel der Häuser Mansfelt ü Verdugo» y retratos del Museo del Gran Ducado y de la Galería

Imperial de Viena, repiten que «Francisco Verdugo geb. 1531 zu Talavera de la Reina, bei Toledo» y «gest. 1595 zu Luxembourg.» Mas no damos solución de continuidad a las pesquisas. Quizás aparezcan en Luxemburgo actas de casamiento y de defunción que aclaren puntos relativos, también, a su ascendencia y descendencia.

¡Nueva decepción! «Les actes de mariage et de decés n'exist pas a Luxembourg.» Empero conseguimos enfrentar con un epigráfico documento: la piedra tumularia del ilustre talabricense; un gris azulado mármol, confirmador de nuestro primitivo juicio, al leer en las líneas 16 a 18 de la extensa inscripción: «.....ET INMORTALI LAVREA IN HAC AVGVSTA ANIMAN CORPORIS SVI LXIV ANNIS SOCIAM CONSIGNAVIT ANNO M. D. LXXXXV XX SEPT.»

Si esto no se aproxima más a la verdad, cúlpese de ello a Guillermo Verdugo, erector de la lápida, quien no debía ignorar las definitivas fechas del principio y fin de la vida terrena de su esclarecido padre. Quede, pues, sentado que el Capitán General de Frisia, hubo de nacer el 1531; por la época en que «de ueinte annos de edat hasta ueinte y zinco se hacian soldados.» Así pudo asistir a la batalla de San Quintín nuestro héroe, no ya de recluta y sí de «soldado hecho.»

Mal pudo morir Francisco Verdugo el año 1597, ante la circunstancia de que «estando en su casa de Luxemburgo le dió la enfermedad de la muerte y con ella le halló el Capitán Pelegrín, el cual vino por la posta a llamar al Coronel de parte del Conde de Fuentes para que fuese a hallarse en el sitio de Cambray.» Por cierto que la carta es muy regalada, declara el comentarista; «pero escribióse tarde; que a un hombre tan de veras honrado y de estimación como el Coronel, hacen impresión los disfavores y olvidos.» Item: el heroismo español sobre la plaza, que era todo un feudo independiente del Conde de Balagni, precisamente aquella memorable gesta en donde coronóse de laureles el General de Artillería Cristóbal Lechuga, aventajado discípulo del glorioso toledano, llegaba a su apogeo el día en que Francisco Verdugo daba a la tierra su cuerpo. Más aún: en Febrero de

1596 ya estaba el Conde de Fuentes en Madrid preparando la expedición contra Portugal, ¿No?

Son detalles de histórico interés. Máxime cuando una desdibujada cifra en la «Memoria del Coronel Verdugo» que avalora la «Bibliotheque Nationale» de París, y de cuyo documento tratamos en otro capítulo, hizo vacilar sobre la exactitud de datas relativas a la pérdida de Groninga y al fallecimiento del General Gobernador de Frisia. Pero no ha lugar a dudas. Elocuentemente habla la lápida sepulcral. El incomparable soldado, tras catorce años de sufridos trabajos y ganados triunfos militando bajo las banderas del Rey de España en Frisia, y bien dispuesto «a militar para el Rey de los Reyes en el cielo, selló su alma, compañera de su cuerpo durante sesenta y cuatro años, a veinte de septiembre de 1595», según se lee en las líneas 14 a 18 de la lauda.

Con la muerte de Francisco Verdugo evócanse momentos un tanto semejantes a los que al morir Juan de Austria se ofrecieron. «El enganchado en Talavera» de la Reina posee enterramiento familiar propio, en el convento de Saint-Esprit, de la capital de Luxemburgo. A este acogedor Ducado ofrenda su corazón encerrado en plúmbea cápsula. ¡Muy sentido testimonio de cariño para con el más fiel de los Estados de Flandes! ¿Y su cuerpo, reposará junto al de la bondadosa dama, delicada florecilla del vergel de los Mansfeld? Es que los españoles se conceptúan más directos acreedores a los restos de su compatriota. Es el alma de España en Flandes la que por boca de los famosos tercios aclama cuanto España podía enorgullecerse de que con Francisco Verdugo había dado al áureo siglo uno de los mejores hijos y al Ejército un capitán de valía. Simultáneamente álzase con virtuosa ambición el espíritu del hidalgo hombre de Luxemburgo, reclamando un mayor derecho a ser él el guardador del cuerpo de aquel español que «había sido escudo tutelar de su ciudad y de su Patria», conforme expresan las líneas 20 y 21 de la lápida. Ambas encomiásticas solicitaciones remarcan el elevado relieve con que se ha destacado Francisco Verdugo. Así los heraldos de la Fama pregonan que, encarnando todo un egregio y leal español-

luxemburgués, supo consociar acendrada devoción hacia su inmarcesible Madre Patria España y entrañable afecto para su adorada adoptiva patria, Luxemburgo. Francisco Verdugo, como su esposa Dorotea de Mansfeld y dos de sus vástagos, «il fut inhumé au coté de l'évangeli dans le choeur de l'église du vieux Saint-Esprit.»

Un cuarto de siglo después renuévase el caso. Desplazada de Luxemburgo la descendencia del Gobernador de Frisia, puede traducirse que sus hijas, las monjitas en Talavera de la Reina, anhelan para su Casa de Religión los restos de su padre. Los hijos, arraigados en Bohemia, pretendan hacer el traslado de las cenizas de sus progenitores al panteón del Condado Imperial de Trouppau. Los luxemburgueses que vivieron los días de Francisco Verdugo persisten en que el cuerpo del Coronel no debe ser sacado de su sepulcro. Y demórase la resolución hasta que juez de las partes Guillermo Verdugo, el hermano mayor, decide ceder a Luxemburgo las reliquias que Luxemburgo ya poseía en Saint-Esprit.

En este monasterio, fundación de la autora de la Carta de exenciones de Luxemburgo: Princesa Ermesinda, hace erigir Guillermo Verdugo un monumento con que la piedad filial quiere perpetuar en Luxemburgo la buena memoria de su padre. Una hermosa obra escultórica, dícenla los arqueólogos luxemburgueses, que tiene por zócalo la lápida sepulcral de Francisco Verdugo, «représentait le general armé de toutes piéces, agenouillé devant le Christ et ayant derriére lui son Saint Patron, de grandeur naturelle.» Nunca serán movidos los restos de Francisco Verdugo. Así sea. Perdurará el sepulcro y, con él, la paz y el recogimiento en Saint-Esprit.

¡Olvidóse que nada hay eterno en el humano suelo! La invasión francesa viene a truncar el vivir español de Luxemburgo y de Saint-Esprit (1698). ¿Quién augura la suerte del monasterio de Saint-Esprit?....

Por lo pronto, va terciado el siglo XVIII y la iglesia es..... almacén.....

El segundo centenario de la muerte de Francisco Verdu-

go conmemórase con nueva incursión del ejército francés y ampliación de las fortificaciones de la capital del Gran Ducado (20-Septiembre-1795).

Y son desmontados altares y retablos, y abatidas bóvedas y galerías, y demolidos muros y pilares al ras del suelo, y desaparece el cenobio—relicario de los restos gloriosos del toledano-luxemburgués.

Entonces, «le marbre qui porte l'inscripción, c'est a dir l'epitaphe de Francois de Verdugo, avait été transporté avec le reste du monument de l'ancienne abbadye du Saint-Esprit dans le nouveau monastere qui fut elevé dans la ville-basse du Pfaffenthal.»

Años más....., nada queda de la moderna abadía que emergiera en el valle de los monjes y la lápida, exclusivamente, «aujourd'hui il forme le devant de l'autel de l'eglise de Hamm, petite localité dans les environs du Luxembourg» (1855).

.....

Por los albores de la actual centuria, la lauda de Francisco Verdugo, que es en el altar de la inmediata villa de Hamm, viene a enriquecer el tesoro histórico-arqueológico del Museo de Pfaffenthal. En este templo de arte y de tradiciones del Gran Ducado, ocupa lugar preferente, con la víscera más preciada de Francisco Verdugo en su bivalvo y abierto joyel, «et avec un manuscrit constant que c'est le coeur de Francois Verdugo et non de Wilhelm.»

¿Pero el grupo escultórico con la orante estatua del gran toledano-luxemburgués, do se encuentra?

.....

¡Estaba escrito!

Francisco Verdugo duerme el sueño del misterioso más allá bajo la misma tierra que él destinara a su eternal morada.

No, no hay que adentrarse mucho en la capital de Luxemburgo para confirmar que, en la encantadora urbe, otro más simbólico monumento hace vivir el recuerdo hacia el español que «había sido escudo tutelar de su ciudad y de su Patria.»

Sin llegar hasta el airoso «Puente Adolfo», siguiendo la Avenida del Viaducto, ya se admiran esplendorosas perspectivas y, a la derecha, circundando acantilada eminencia que bordan las vegas que el Alzette y el Petrusse bañan, una arquitectura, añoranza de virtudes del toledano-luxemburgués, plasmada justamente cabe el recinto-tumba de Francisco Verdugo.

Es el Hogar-Escuela del patriotismo de Luxemburgo.

Es el «Cuartel de Saint-Esprit».

.....

.....

El erudito bibliógrafo español, Nicolás Antonio (1617-1684), reproduciendo elogios del sabio jurisconsulto e historiógrafo holandés Juan Hugo de Groot (1583-1645) califica de monumento para Francisco Verdugo la obra titulada: «Trophea Verdugiana pace et bello ab Illustrissimis Verrusiani veteris et nobilissimi stemmatis Proceribus inmortalitatis cedro gloriose appensa, historiis vere memorabilibus, aventibus miraculosis, rerum olim et nuperrime gestarum certissimis narrationibus elucidata a P. P. Guilielmo Stadem Agrippinate ord. B. Benedicti Monast. B. V. Mariæ Luxemburgi professo sacerdote theologo, pastore in Spanheim et Buchenau». (Colonia-1639) (4.°).

El «Comentario».

Con el día final del batallar de España en Frisia nace el en que, a impulsos de acrisolada pundonorosidad y desbordando todo el sentir de su alma noble, se alza Francisco Verdugo, relevante figura en la pléyade de las más áureas plumas hermanadas con la espada y la lanza. Y no es que, homólogamente a Alonso de Ercilla y Garci Lasso de la Vega haya dado en suavizar asperezas de la guerra con deleites de las letras, no. El libro es substancial y clara expresión de su abnegado y leal proceder en el cargo de Capitán General y Gobernador de aquella tan extensa e inhóspita comarca de los Países Bajos, al paso de catorce años exornados por inmemorables gestas y elevadas virtudes, recompensadas con crueles traiciones e inconcebibles olvidos. Es únicamente lo que se propuso Francisco Verdugo: un «Comentario», conforme declara su título, una «Memoria justificativa», redactada con dicción y fidelidad característica de hombre que sabe rendir culto al honor y a la Patria.

En nuestro seguir al siglo de ilustres militares escritores caracenses y toledanos, vemos que Francisco Verdugo, antes de ceder de su humana modestia para dar cima a su «Comentario», habíase abierto franco acceso a través del campo literario y refrendando gran dominio del idioma patrio. Con antelación al «Comentario», y hurtando horas a problemáticos descansos, dedicó la péñola al apologético manuscrito en castellano que comienza diciendo: «En el nombre de la Santísima Trinidad, Padre, Hijo y Espíritu Santo, que son tres personas y un solo Dios verdadero, a quienes todas las personas aflixidas deuen acudir a pedir socorro en sus aflixiones, yo, el Coronel Francisco Verdugo, Gouernador, Capitán General destas prouincias de Frisa, por el Rey Nuestro Señor, etc.»

Consideramos asimismo, que la génesis y desenvolvimiento de su magna producción histórico-literaria la escribió Francisco Verdugo a base de la «Memoria sucinta de lo sucedido en Frisia mientras yo, el Coronel Francisco Verdugo, estaua en ella desde el año 1580 asta 1596, q. se perdió groningen»; cuyo manuscrito, procedente de la «Bibliothecæ Regi» de Luis Felipe de Orleans, guarda la National de París en su «Office de documentation». Y es «memoria» que exige atención. La misma desdibujada cifra en la fecha 1596 hace descartar que se trate de documento de propia mano de su autor. Pudo ser dictado y sobre él hacer las correcciones y enmiendas que aparecen en los ciento diez y ocho folios del manuscrito, del que desaparecieron algunas páginas; las que probablemente llevaran data y firma de Francisco Verdugo. Desde luego, la caligrafía y la ortografía de dicha «Memoria sucinta» difieren por completo de otros escritos redactados y signados por Francisco Verdugo.

Ahora, lo que sí es cierto y a la par extraño, que el manuscrito del «Comentario» dióse por extraviado al caminar de dos lustros, para ser el literato italiano, Girolano Fracheta, tan favorecido de las autoridades españolas, quien lo posee y ofrenda al Conde de Benavente y Virrey de Nápoles Juan Alfonso Pimentel de Herrera, brote del que fué porta-estandarte Real de Carlos I. Y es entonces cuando la obra de Francisco Verdugo se ve por vez primera en letras de molde, si bien traducida del español al italiano e intitulada: «Li Comentari di Francesco Verdugo, delle cose sucesse in Frisia, nel tempo che agli fu Gouernatore e Capitan Generale in quella prouincia»—&—Nápoli—MDCV—(8.°).

Nada; un caso gemelo al del Príncipe de la épica española. Del sapientísimo caracense Cristóbal Pérez Pastor (1833-1908) atesora la Academia Española de Madrid «trescientos documentos inéditos» referentes a Alonso de Ercilla Zúñiga (1533-1594). La docta Corporación adoptó el acuerdo de publicarlos..... hace más de veinticinco años..... Entretanto..... «descubiertos y publicados fueron»..... por un chileno, en Santiago de Chile. Pues para que lo del grajo de la fábula de Esopo sea siempre verdad, el manuscrito que Francisco

Verdugo confiara a su «familiar servidor»..... queda para ser «descubierto y publicado por un italiano». Y, claro está, en italiano.....

Pero los españoles quieren el libro de su General en el idioma que él lo escribió; y las prensas de Nápoles vuelven a publicar, ya en castellano, el «Commentario del Coronel Francisco Verdugo.—De la guerra de Frisa: en xiiij. Años que fué Gouernador, y Capitan General, de aquél Eftado, y Exercito, por el Rey D. Phelippe II. N. S.—Sacado a luz por D. Alfonfo Velazquez de Velafco.—Dedicada A D. Francisco Ivan de Torres, Comendador de Muferos, de la Orden de San Tiago; Alcayde perpetuo de la Cafa Real de Valencia; del Confejo Colateral de fu Majestad en Nap. &c.—En Nápoles.—Por Iuan Domingo Roncallolo.—1610.—Con Licencia de los Superiores.» (8.°).

Sí, resulta más afortunado Francisco Verdugo que Alonso de Ercilla. Alfonso Velázquez de Velasco apresúrase a dar a España lo que Verdugo legara a la Historia y, noblemente, prodúcese en la dedicatoria de esta guisa: «Confieso haberme pesado de ver este «Comentario» traducido e impreso en lengua italiana, antes que en la natural que le escribió su autor, el cual, como a su familiar servidor, me lo dió de su mano en Bruxelas; y así estimándolo por de no menos sustancia, en su tanto, que cualquiera de los de Julio César, le he traído como un breviario despues acá conmigo», etc.

En otro párrafo manifiesta: «así le comunico a mi patria y nación en su idioma, sin alterar cosa ninguna de él, ni añadir apostillas o glosas que suelen notarse en semejantes obras, por saber de cierto que la intención del Coronel no fué señalarse en la pluma (aunque podía) como en las armas, antes decir sucintamente los sucesos de Frisa, sin más afectación de la que trae la pura verdad consigo», etc. etc.

A continuación de la dedicatoria al hijo político de Francisco Verdugo, firmada «En Nápoles, a 1.° de Mayo de MDCX años», recuerda Velázquez «Al lector» la axiomática veracidad de «que siempre los que son dotados de singulares virtudes están sujetos a la emulación y calumnias, por las cuales, el que ha vivido haciendo su deber, viene muchas

veces a padecer en su reputación, antes a ser mal visto que bien galardonado; y, al contrario, recibir las mercedes y gracias los que no las han merecido sino por ser finos cortesanos, antes ecos y camaleones, que toman los colores y humores de los príncipes a quien siguen para hacer mejor lo que desean». Y cierra Velázquez su prosa para abrir cauce a sus dotes de poeta; y una octava real dedicada «A la Emblema del Coronel F. [rancisco] V. [erdugo], cuyo emblema aparece grabado en cobre, y un soneto, también en honor a Verdugo, terminan los preliminares de aquella edición del «Commentario» de 1610.

Conforme indicamos, el propósito de Francisco Verdugo, al escribir su «Comentario», lo explica en los primeros párrafos del texto con estas palabras: «Siendo advertido de la corte de estos Estados de los malos oficios que en ella algunos me hacen contra razón, procurando por sus pasiones, o particulares intereses, escurecer mis servicios, me ha parecido convenirme cortarles el hilo de sus tramas y desiños por este medio, no pudiendo por ahora hacerlo en persona. Y así, forzado, divulgaré mi proceder en los catorce años que he tenido esta provincia y el ejército a mi cargo, narrando llanamente todos los accidentes de este tiempo, con tan manifiesta y pura verdad, que ninguno, sin apartarse della, podrá decir en contrario cosa que baste a disminuir un solo punto del nombre y reputación que Dios ha sido servido darme, que sabe la intención con que siempre he vivido, en servicio de mi Rey. Y para darme a entender mejor, diré antes el camino por donde vine a este puesto, y continuaré hasta dar fin a mi intento, el cual es de satisfacer a quien soy obligado, y confundir a mis de secreto émulos que con el favor del Cielo y este desengaño, espero hacer el efecto que deseo».

Pasa Verdugo a recordar como «Habiendo el serenísimo Duque de Parma ganada la villa de Maestricht, con tanto trabajo y efusión de sangre, y reducido al servicio del Rey nuestro señor las provincias de Artois y Haynault, por conocer ellas que la intención del Príncipe de Orange era de hacerse señor absoluto de todas las del País Bajo, olvidado

del bien público, en el concierto que se hizo con ellas, fué capitulado que todos los extranjeros, que en estos estados servían a su Majestad, saliesen de ellos, dejando los cargos que tenían a los naturales, y en cumplimiento de esto, comenzaron a caminar los tres tercios de españoles y la caballería de la mesma nación, tomando la vía de Luxemburg, haciendo yo el oficio de Maestro de Campo general», etc.

Estos párrafos del «Comentario» corroboran que la «Memoria sucinta» fué índice, guión, o esquema más bien, de cuanto se propuso escribir y escribió Francisco Verdugo. Son también los primeros de la «Memoria» que dicen:

«Para mejor dar a entender de la manera q. yo vine a este gouierno será necesario dezir que hauiendo el S°. Principe de Parma ganado a mastriq, con tanto trauajo y derramam^to de sangre y hauiendo se reconciliado /^A su mag^d (estas) ^las prouincias de Artuas y henau. Por conozer ellas la mala yntencion del Principe de Orange, q. hera hazerse d.^fio absoluto de todo el pais baxo y buscar su prouecho particular oluidando el bien público en el concierto q. se hizo con (estas) /^esas dos prouincias fue capitulado, que todos los estranjeros que en ellos seruian a su mag.^d saliesen de los estados ^Baxos dexando los cargos que tenian y asi en cumplim.^to deste concierto començaron a caminar los tres tercios despañoles, y la caualleria de la misma nacion hacia Lucemburg», etc.

Y sucédense páginas de amena lectura hasta el «Fin» del texto del educador «Comentario», al que pone broche Francisco Verdugo con esta sentencia: «Patientia ómnia ducit». Y complétase el libro con otro soneto que dedica D. [iego] A. [lfonso] V. [elázquez] D. [e] V. [elasco] «A la felice memoria dol C. [oronel] F. [rancisco] V. [erdugo]» y la «Significación de las figuras de la Emblema del coronel F. [rancisco] V. [erdugo].

No hay que sustraerse al interés que encierra la obra histórica de nuestro compatriota. Por ello, justificadamente, anota la Literatura Militar Española de Barado que «Triste luz arrojan sobre las guerras de los Países Bajos cuantas relaciones escribieron valerosos soldados que en Flandes

lucharon animosos; pero más triste aún es la que brilla en las páginas del «Comentario» de Verdugo, retrato fiel de nuestras campañas.....»

No pueden ser más elocuentes estas frases. Sí, es de grande enseñanza el libro del benemérito toledano. E hízose patente la conveniente necesidad de tan preciada obra en toda biblioteca. ¿Pero dónde encontrar un ejemplar?

El «Comentario» de Francisco Verdugo ha adquirido proporciones de rareza bibliográfica. Difícil es el hallarlo, siquiera incompleto. Mas por fortuna dos españoles triunfan en sus pesquisas: el Marqués de Fuensanta del Valle y José Sánchez Rayón, quienes con la edición de 1610, y en elzeviriana reimpresión, forman el tomo segundo de la «Colección de libros españoles raros o curiosos» (Madrid-1872). Y hasta la página 291 amplían el libro con un «Apéndice» que integran copias de cartas, «Relación de las partes dónde y cómo está repartida la gente del exército de Su Majestad, que se socorre en Holanda» y «Las órdenes que paresce que se podrían dar para restaurar la reputación y disciplina que solía haber en la Infantería Española, salvo otro mejor juicio.» He aquí cómo vieron culminados sus anhelos quienes gustan vivir días de patria exaltación.

Creímos haber llegado al «Non Plus Ultra». ¿Quién iba a acordarse ya de Francisco Verdugo? Sin embargo, nos tenía reservada muy grata sorpresa su «Comentario»; que en los primeros días de nuestra labor pro «Escritores toledanos contemporáneos de Cervantes» (1915), damos con «l'ouvrage d'un glorieux général espagnol, hautement litterateur, et de beaucoup valeur histórique». Tratábase nada menos que del libro titulado: «Francesco Verdugo Comentario de la guerra de Frisa en XIIII años»., etc. Publié par Henri Louchay. Bruxelles-1899 (8.°).

Doble acierto en verdad: la publicación del «Comentario» y el juicio hacia su autor, Francisco Verdugo, como también hace resaltar Almirante, «de que no olvidó su lengua patria, el «Comentario» es testigo, y que ejerció autoridad literaria lo prueba la aprobación lisonjera dada al notable libro «Discvrso del Capitán Cristoual Lechuga», y que ad litteram

trasladamos, con objeto, asimismo, de llevarla a término de comparación con la ortografía de la «Memoria sucinta». He aquí la aprobación: «Hauiendo visto vn tratado, que el Sargento Mayor Cristoual Lechuga a hecho sobre el cargo de Maestro de Campo General. Digo no auer visto, ni oydo a ninguna persona, por graue que fuesse, de las que entendian lo que toca a este cargo (aunque he visto algunos libros, y oydo tratar a personas graues del) cosa en que tan puntualmente se aya tratado deste cargo, el qual (por cosa de que se puede sacar grande vtilidad y prouecho para todos los que profesaren la milicia) aprueuo ser digno de ser sacado a luz. Fecho en la Villa de Ibues (sic) a quince de Iunio de mill quinientos y nouenta y cinco años.—Francisco Verdugo».

¡Por bien ganado galardón está incluído el nombre de Francisco Verdugo en el Catálogo de autoridades de la Academia Española!

Adolfo Aragonés de la Encarnación,

Académico Numerario Fundador

y ex Secretario Perpetuo.

APÉNDICE

Patente de Capitán dada a Francisco Verdugo por el Duque de Alba.

Don Fernando Aluarez de Toledo, Duc Dalue, Marquis de Coria, Conte de Saluatierra, Grand maistre d'hostel et Capiteyne general du Roy es pays de pardeça. Sauoir saisons et recognoissons que nous auons donné et donnons par ces presentes charge et commision expresse a Francisco de Verdugo de leuer et retenir au seruice de sa ma.[te] une enseigne de gens de piet naturels et subiects des dicts pays de pardeça, de deux cents testes des plus aguerriz, despostz et experimentez a la guerre, quil pourra reçeiuirer pour auec iceulx seruir sa ma.[te] soit en garnison, aux champs au ailleurs selon que de la part dicelle leur sera ordenné, susygnant le contenu de l'article brief ou ordennance sur ce dressée, aux meismes gaiges souldée et traiettement quout ceulx de semblable retenue, a ssauoir de treize cens vingt deux liures de quarente grez, monnoie de flandres, la liure par mois, le mois le compté a trente jours, a comencer auoir cours doiz le jour de leur monstre, et deslucunauant tant et si louguement quil plaira a sa ma.[te] ou a nous. Et a rate et aduenant du temps quilz seront en seruice acy estre payez et coutentez par les mains du tresorier de guerre Nert Molkeman et des deniers que pour ce luy seront ordennez, et defalquant son droict de centiesme al accoustumé, au quel au nom et de la part de sa dite ma.[te] mandons par ces dites presentes auiss le faire, et en rapportant ces

meismes presentes vidimus ou copie antentique dicelles pour vue et la premiere foiz et pour tant de foiz que mestier sera le rolle de la moustre signé et veriffié par le Commissaire de su dicte ma.[te] commil appartiendra, auec quictance du dit Francisco de Verdugo, sur ce seruant tant seulement tout ce que le dit tresorier de guerre aura payé a la cause dite sera passé et alloué en la despence de sos compteset rabatue des deniers de sa recepte par le President et gens des comptes a Lille, ausquelz requerons et neantmoins mandons au nom et de la part de sa ma.[te] de ainsi lo faire sans aucune difficulté.—Fait a Bruxelles a le hiutiesme jour de decembre, l'an xve soixante sept.--*M. le Duc Dalua.* (Sellada.)

Título de Coronel a favor de Francisco Verdugo.

Par le Roy.=A notre amé et leal Francisco de Verdugo, salut Comme bien tost apres le trespas de feu Robert de Harchies, Sr. de Molani, couronnel d'un Regiment d'infantorie vbalonne de cinc enseignes vous ayons donné la charge du dit Regiment auec deux autres enseignes vbalonnes depuis leuées pour nostre seruice, et part tant soit besoing uous en faire despescher noz lettres patentes de retenue en tel cas requises et pertinentes: Pour ce est il que se consideré et nous confyans entierement et a plain de vos prudence, vaillance, vertuz, leaulté et bonne diligence, vous auons commis et commettons par ces dites Chief et Couronnel des septs enseignes dessus mentionées, en vous donnant plain pouoir, auctorité et mandement especial de prende et auoir soingneulx regard sur leur conduyte, les tenir et faire tenir en bon ordre, discipline et justice, deffendre et interdire auz Capitaines et leurs lieuxtenans de donner congé a aucuns sans votre sceu, et au surplus auoir commandement sur euls et leurs gens et les conduire et employer en notre dite seruice, selon la charge que en aurez de par nous ou de notre tres cher et tres amé cousin, cheualier de notre ordre, liutenat, gouuerneur et capitaine general de noz pays de pardeça le Duc Dalue, marquiz de

Coria; au traittemente pour votre personne de trois cents liures; a uotre lieutenant cient liures; et huit hallebardiers pour la garde de votre personne, outre la paye quilz ont au rolle, chacun demye surpaye, font vingt liures; au sergeant maior ou chief du gnet oultre sa paye au rolle cincq surpayes, font vingt cincq liures; au quartier maistre ou mareschal des logiz six payes, font trente liures; au pouruoyeur des viures ou prouant-maistreaussi six payes, font semblables trente liures; au fiffre et tambourin oultre leur paye au rolle chacun une surpaye, dix liures; au preuost oultre sa paye au rolle, cincq surpayes, font vingtcincq liures; a sou lieutenant oultre sa paye au rolle, cincq liures; au clercq du dit preuost oultre sa paye au rolle demye surpaye, zinquante solz; a deux hallebardiers pour le dit preuost oultre leur paye au rolle, chacun demye surpaye cincq liures; adeux sekenkuechts ou varletz pour apprehender chacun une paye, dix liures; au chappelain du dit preuost paye et demye, sept e mres., dix soltz; et au maistre des haultes oeuures trois payes, quinze liures; le tout du pris de quarante groz nostre monnoye de Flandres la liure par chacun mois, le mois compté a trente jours, reuenans les dits gaiges et traitemens a la somme de cincq cens quatreuingt liures du dit premier mois a commencer auoir cours du jour de leur premiere moustre et des la en auant tant quil nous plaira ou a notre cousin le Duc Dalue a en estre payez et contentez par les mains de celuy de noz tresoriers quil appertiendra et des deniers qui pour ce luy seront ordennez, au quel mandons ainsi lo faire sans ancune difficulté, car ainsi nous plaist il Donné en notre ville de Nyemegen soubz nostre contreseel cy mis en placcart, le premier jour de Juillet xve soixante treize.—Par ley Roy.—D'Oerloepe.) Assentada en los libros del sueldo del exército de S. M. que yo tengo. Alonso de Alameda.—(Pergamino de 0,24 por 0,50, apaisado, con señales de haber tenido sello.)

Nuevo título de Coronel conferido a Francisco Verdugo.

Par le Roy.=A notre amé et leal Francisco de Verdugo salut; Comme notre tres cher et tres amé bon frere Don Jehan d'Austrie, chevalier de notre ordre, lieutenant, gouverneur et capitaine general de noz pays de pardeça fait presentement leuer et retenir en notre seruice un Regiment de cincq enseignes de pietons naturelz du pays de Luzembourg, pour auec inceulx se servir a la garde, seureté et dephence de noz dit pays de pardeça selon les occurrences du temps present, et partant soit besoing commettre quelque bon personnaige a nous leal et experimenté pour en auoir la charge et conduyte: Pour ce est il que nous confyans entierement et a plain de voz prudence, vaillance, vertruz, leaulté et bonne diligence vous avons commis et commettons par ces presentes, chief et couronnel des dites cincq enseignes, en vous donnant plain pouoir, auctorité et mandement .....de notre dit bon frere; .... Donné a heuerle in louain, soubz notre contraseel cy mis en placcart, le XIXe jour de feurier XV^c^ soixante dix huit.—Par le Roy.—D'ouerloepe.=Asentada en los libros del sueldo del exército de S. M.—Martín Perez de Areztiçaual.= Pergamino apaisado de 0,20 por 0,55.

(Los puntos suspensivos sustituyen a iguales frases, cargos y sueldos que figuran en el título anterior de 1573).

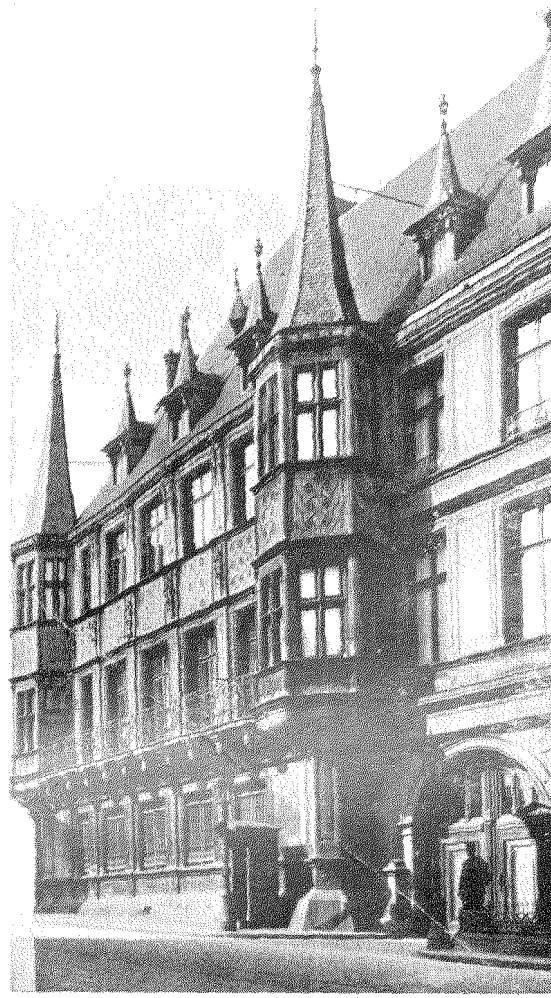
Acta de Profesión.

In Nómini Dómini Nostri Jesu Cristi Benedicti. Amén.= Yo, D.ª Dorotea Verdugo, hija del Coronel Francisco Verdugo digo: Que cumplido el año de mi aprobación y noviciado, hago profesión y prometo obediencia a Dios Todopoderoso y a la bienaventurada Virgen Santa María y al Ilmo. Sr. D. Bernardo de Rojas y Sandoval Cardenal y Arzobispo de Toledo y a Vos la muy Religiosa Sra. D.ª María Magdalena Priora de este Monasterio de S. Ildefonso de esta

Villa de Talavera en nombre del dicho Arzobispo de Toledo y de vivir sin propio y en castidad hasta la muerte según la Regla de N. P. S. Agustín y ruego a Vos el M. Ilustre Señor D. Juan de Avellaneda Manrique Vicario de esta Villa de Talavera, acepte esta mi profesión y a Vos el presente Notario dé testimonio de ella, en fe de lo cual, firmo todo lo sobredicho de mi nombre hoy lunes a 14 de abril de 1603.= D.ª Dorotea Verdugo.=D.ª María Magdalena.=

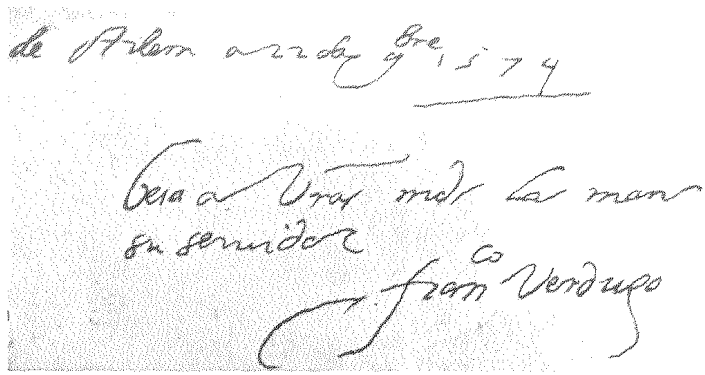
El Acta de profesión de D.ª Catalina Verdugo, fecha 18 de diciembre de 1607, está redactada en iguales términos y son los mismos prelado, vicario y priora.

Copia del cuadro original de la colección Real e Imperial de Viena, que figura en la galería de retratos con el núm. 775.



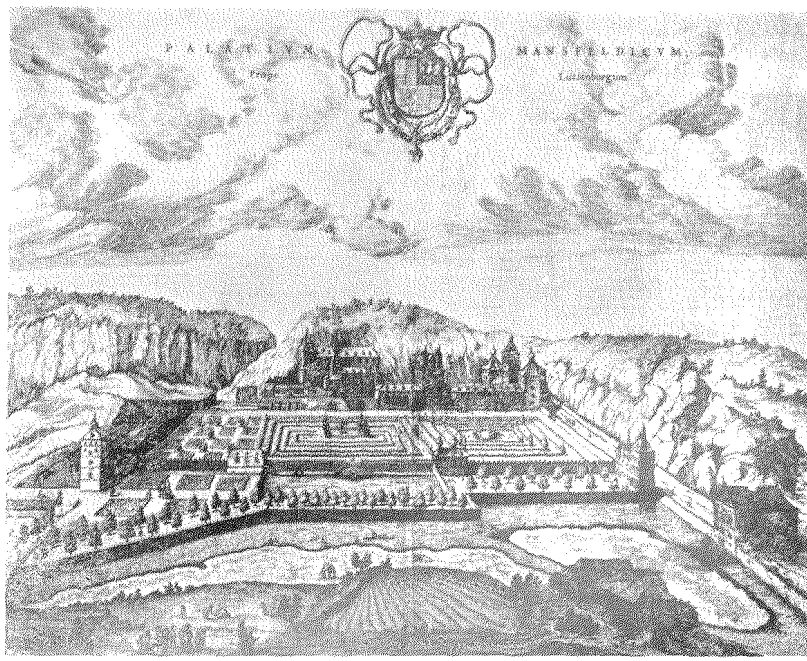
Influencias del Renacimiento Español y esgráficas labores de sabor toledano son ornato del reedificado Palacio Gran Ducal, que rememora estancias de Francisco Verdugo en su cargo de Ayudante de Campo del Capitán General Conde Pedro Ernesto de Mansfeld.

Phot. Gouvernement du Grand-Duché



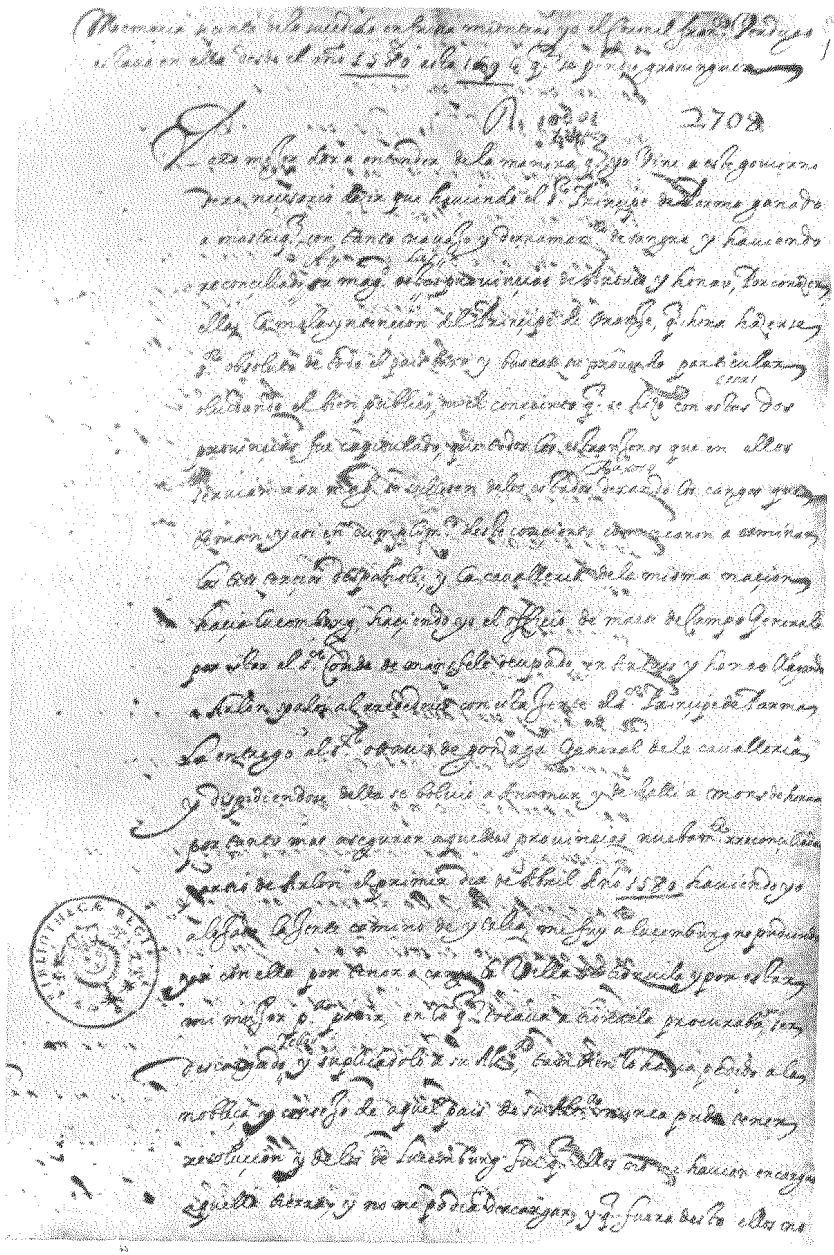
Firma autógrafa de Francisco Verdugo en carta con la que, desde Haarlen, hace volver a la obediencia a los soldados españoles del Tercio del Maestre de Campo Francisco Valdés, prisionero en la Haya.

Un Felipe Daelder. La moneda con que se abonaron los primeros haberes al Regimiento de Infantería de Luxemburgo mandado por el Coronel Francisco Verdugo.



Añoranzas de días que Francisco Verdugo viviera mansión enmarcada por límpidas corrientes que espejaron idilios, y lindos vergeles que aromaron dichas, y ascentrales piedras que fueron historia y páginas de arte de Arlon y Luxemburgo; que de tanta fastuosidad acumulada por el Virrey Español Príncipe de Mansfel hablan en el barrio de Clausen vestigios de fábricas y puertas con románica escultura.

Foto. Museo de Luxemburgo.



Primera página de la «Memoria» que avalora la Bibliothèque Nationale de Paris, procedente de la Biblioteca Regia de Luis Felipe.

LEMA

Y

EMBLEMA

DEL

CORONEL

FRANCISCO VERDUGO

"Como fuerte león fué vigilante
Contra el pueblo rebelde y su tirano;
Ser la causa de Dios llevó adelante,
Siempre prontas las armas en la mano;
Con el hereje, en el error constante,
Terrible, y para el fiel humilde, humano;
Y en el grave accidente que ocurría,
Con prudencia y consejo resolvía."

DIEGO ALFONSO VELÉZQUEZ
DE VELASCO.

Verdugo Franciscus, Gouverneur van Gelderlandt, Vrieslandt en Groeningen, Wegens de Koning van Spagne.

Musee Historique du Pfaffental. Luxemburgo.

COMMENTARIO
DEL CORONEL
FRANCISCO
VERDVGO,
De la guerra de Frisa: en xiiij. Años que fuè
Gouernador, y Capitan general, de
aquel Estado, y Exercito, por el
Rey D. Phelippe II. N. S.

Sacado à luz por
D. Alfonso Velazquez de Velasco

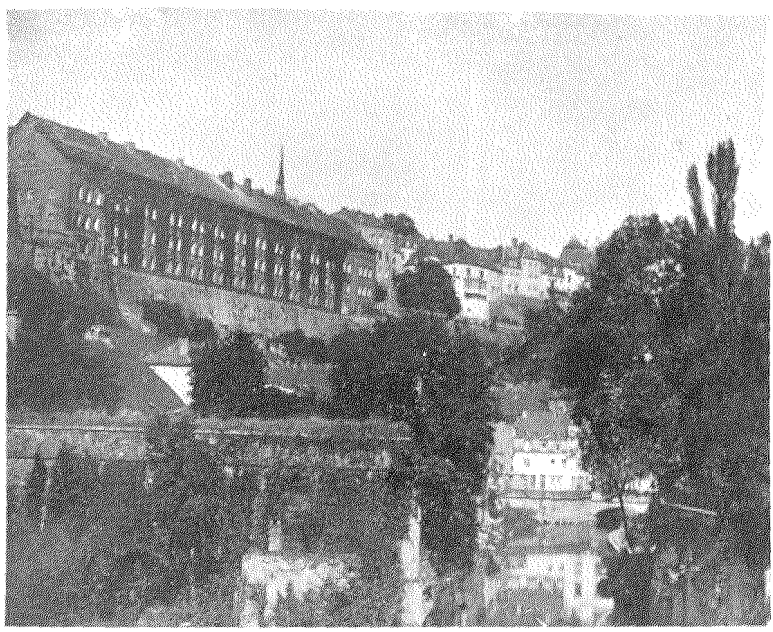
Dedicada A
D. FRANCISCO IVAN
DE TORRES,
Comendador de Museros, de la Orden
de San Tiago; Alcayde perpetuo de la
Casa Real de Valencia; del Consejo
Colateral de su Magestad en Nap. &c.

EN NAPOLES,
Por Iuan Domingo Roncallolo 1610.

Con Licencia de los Superiores.

Facsímil de la portada de la segunda edición dada en Nápoles, y primera publicada en castellano, por el soldado que escribió «la mejor comedia en prosa que autor español compuso a fines del siglo XVI».

Portada del libro tan elogiado por el sabio holandés Hugo de Groot. «Rheinisches Museum» — Köln — (Bildarchiv. Platte Núm. 39923). Reproduktion nur mit besonderer Erlaubnis gestattet.



Arriba, a la derecha, cabe el recinto-tumba del toledano-luxemburgués Francisco Verdugo, yérguese el Cuartel de Saint Esprit, el Hogar-Escuela del patriotismo que hace vivir el recuerdo hacia aquel español que fué escudo tutelar del fidelísimo y acogedor Gran Ducado de Luxemburgo.

Otro de los bellos grabados del libro «Trophæ Verdvgiana»—Biblioteca de Colonia—Platte Núm. 39924.

COMENTARIO

DEL CORONEL

FRANCISCO VERDUGO,

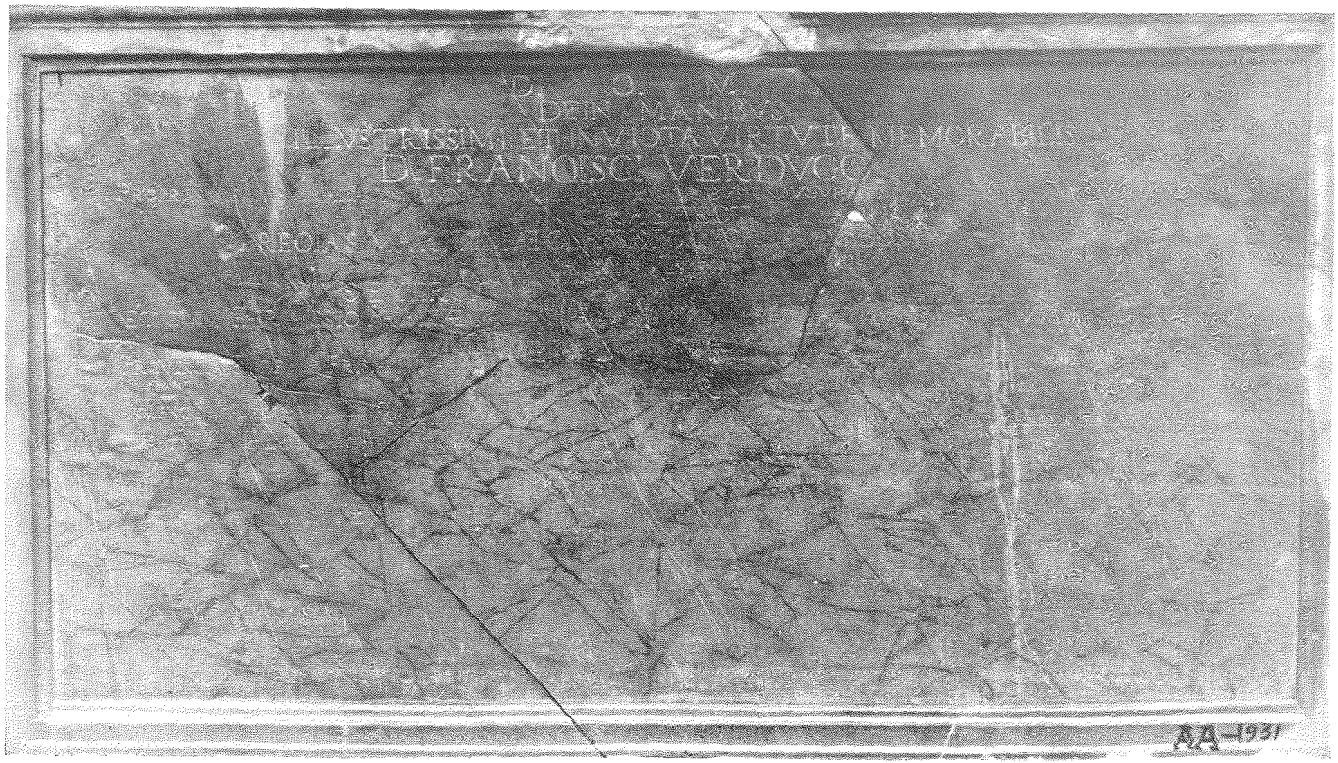
DE LA GUERRA DE FRISIA,

EN XIV AÑOS QUE FUÉ
Gobernador y Capitan general de aquel Estado
y Ejército por el Rey Don Felipe II. Nuestro Señor.

MADRID,
IMPRENTA Y ESTEREOTIPIA DE M. RIVADENEYRA,
calle del Duque de Osuna, núm. 3.

1872.

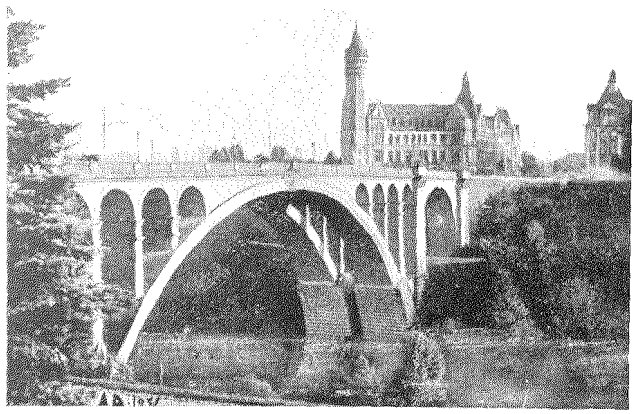
Fotocopia de la portada de la edición publicada en España, en muy señalado año, por el Marqués de Fuensanta del Valle y José Sánchez Rayón.



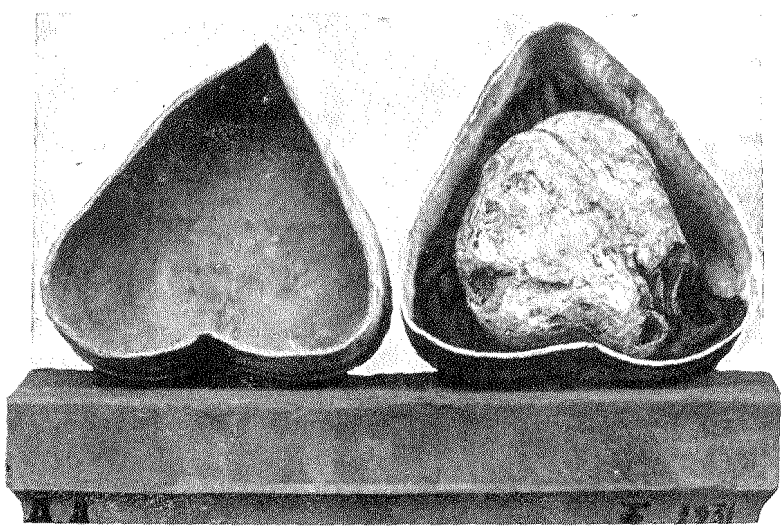
Lauda de Francisco Verdugo. Museo Histórico Arqueológico. Luxemburgo.

LAMINA XIII

D. O. M. S.
DEIN MANIBVS
ILLVSTRISSIMI ET INVICTA VIRTVTE MEMORABILIS
D. FRANOISCI VERDVGO
PROPRIIS MERITIS GRADATIM OMNIBVS MILITIAE HONORIBVS INAVGVRATI HARLEMENSIBVS APVD BATAVOS
PRAEFECTI
REOIAE MARITIMÆ CLASSIS POST CAPTVM BOSSVTI COMITEM
ARCHITHALASSI
TOTIVS EXERCITvs CATHOLICI CASTRORVM MAGISTRI
ET CVM FARNESIO PARMÆ PRINCIPE GALLIIS SVPPETIATVM, EVNTE VICARIO IMPERIO
GENERALIS PRAEPOSITI
PROVINCIARV DENIQ[3] FRISIÆ TRASISSVLANAE DOMINATIOV GRONINCAE DRETI TVENTI ET LINGEN XIV ANNIS
SVPREMI GVBERNATORIS
VOLENTE SIC AC FAVENTE PHILIPPO II HISPANIARVM REGE CVICVM XLIV CONTINVOS ANNOS MVLTIS CONTRA PERDVELLES VICTORIIS
CLARVS MERVISSET AC ROMANDVOS VI GALLICA PRESSOS GLORIOSIS ET PERQVAM ARDVIS EVENTIBVS LIBERASSET, TANDEM PALMARIS MILES
POST TOT EXANTLATOS LABORES DEINCEPS REGI REGVM COELO MILITATVRVS RVDEQ[3] DONAND[9] ET IMORTALI LAVREA IN HAC AVGVSTA ANIMAM CORPORIS SVI
LXIV ANNIS SOCIAM CONSIGNAVIT
ANNO CIↃ IↃ LXXXXV XX SEPT
HVIC AMABO VIATOR BENE APPRECARE
TANTI VIRI EXVVIAS SIBI NATALITIO IVRE DEBITAS POPOSCIT HIBERIA ROMANDVI VERO SVAS ESSE NEQ[3]
VRBIS PATRIAEQ[3] SVAE TVTELAREM QVONDAM VMBONEM CVIQVAM CEDERE POSSE NEQ[3] DEBERE ASSERVERVNT
PEPENDIT LIS DVM CONTENTIONIS ARBITER
ILLVSTRISSIMVS DOMINVS D GUILHELMVS VERDUGO GOMES S'RIBARO MAS
CHAUIAE ET IN TOUPPAUU TOPARCHA IN NEPROUITZ SAC[AE] CAES[AE] REGIAEQ CATHOL[CÆ] MA[TIS] A SUPREMIS BELL
CONSIL[IS] REIP CAMERARI[9] AC EQUEST PEDESTQ LEGION SUPREM[9] PRAEFECT[9] IN BELGIO ITALIA BOHEMIA HUNGARIA GERMA
NIAE... CASTRORU MAGISTER ET GRAVISSIMARU VICTORIARU HUI[O] SÆCULI MAGNA PARTEM ADEPT[O] REBUSQ BELLICIS ETIAMNU INTENT[O]
ET NOMINE SUAR MAIEST IN PALATINATV INF GENERALIS GUBERNATOR
PRIMO OTIO ROMANDUIS POSTULATUM ET IAM POSSESSUM PIGNUS ADDIXIT
TANTIQ PARENTIS MEMORIAE DEBITUM
MAESTI FILII PIETAS HOC MARMORE PERSOLVIT
ANNO MDCXXVIII



Y en la patria adoptiva del toledano Francisco Verdugo son abatidas las fortificaciones, y nacen parques frondosos, y refleja el Petrusse la obra evocadora del Gran Duque Adolfo, Conde de Nassau (1902).



Y en el Museo, que es «relicaire des gloires luxembourgeoises aux siécles passés, et avec un manuscrit constant que c'est le coeur de Francois Verdugo», tiene puesto de honor la noble víscera del toledado, que tantos amores culminó en holocausto a la Madre Patria España y al Gran Ducado de Luxemburgo.